Es propiedad de V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Se venden Cuesta y Perez.

MARTIN EL GUARDA-COSTAS.

Melodrama de espectáculo en cuatro actos y un prólogo, arreglado y refundido del francés por don Luis Martinez y D. Ramon de Valladares y Saavedra, *representado con estraordinario aplauso en el teatro de Tirso de Molina, el 15 de noviembre de 1855.*

PERSONAGES.		ACTORES.
En el prólogo.		
Martin, *sargento de guarda-costas*	Don	*A. Rodrigo.*
El Conde Leon d'Esgrigny		*L. Martinez.*
Flambart, *pescador*		*J. Aznar.*
Gaspar, *su ahijado*		*F. Garcia.*
Un Oficial		*M. Boix.*
Un cabo de Dragones		*N. Garralon.*
Un Marinero		*N. Serantes.*
La Señora Flambart	Doña	*J. Cruz.*
Amelia		*E. Martinez.*
Una Criada		*N. Mazzoli.*
Marineros, soldados.		
En el drama.		
Van-Broust, *marinero, (Martin.)*	Don	*A. Rodrigo.*
El Caballero de Servieres		*B. Pardiñas.*
El Almirante, *gobernador de la Martinica*		*F. Gimenez.*
Eduardo, *secretario del Almirante*		*N. Reas.*
Kercadec, *antiguo grumete*		*J. Albalat.*
El Mayoral *de los negros.*		*E. Molina.*
Manguito, *negro*		*N. Diez.*
Amelia, *Condesa de Saint-Renant*	Doña	*E. Martinez.*
Clotilde, *sobrina del Almirante*		*N. Ayta.*
Criados, marineros, negros de ambos sexos.		

La accion pasa en Bretaña, junto á Lorient, en 1763, en el prólogo; y en la Martinica y 1783, durante el drama.

PROLOGO.

El teatro representa una sala de la hosteria llamada de los Balleneros, á orillas del mar, cerca de Lorient. Puerta al fondo, por donde se distinguen varias rocas. En la izquierda varias puertas que conducen á la granja, á los cuartos y á la cocina. En el fondo, á la derecha, una escalera que conduce á un pabellon separado.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, algunos pescadores balleneros, están sentados á una mesa en la derecha, con un Cabo *y dos ó tres soldados del regimiento de la reina y* Flambart.

Cabo. (*levantando su vaso.*) Por la marina francesa. Inclusos los balleneros, marinos de agua dulce y otros. (*beben.*)

Mari. La marina agradece vuestro brindis, valientes... Por los soldados del regimiento de la reina!

Flam. No me opongo, á pesar de no ser ese mi pensamiento. (*rumor.*)

Mari. No hagais caso del señor Flambart; ha estudiado política en el mar del Norte, en compañia de los osos y las ballenas. (*todos rien.*)

Flam. No hablemos mal de los osos y las ballenas; ellas son las que nos dan su grasa tan bien pagada... (*sonando dinero.*) La prueba es que convido.

Mari. Es verdad, convida, y lo que es mas, en casa de su muger. (*todos se descubren.*)

Flam. Si, si, en casa de mi mitad, en mi casa... en la de la fiera señora Flambart, capaz de habérselas con un corsario ó un negrero! Oh! Todos tiemblan ante ella... Escepto yo! A mi nada me importa su aire feroz... y gasto y me divierto cuanto me agrada; con mi dinero compro y pago, dando la preferencia al establecimiento conyugal... Hola! Vino.

Cria. (*trayéndolo.*) Aqui está.

ESCENA II.

Los mismos, Gaspar.

Gas. (*entra enjugándose la frente. La criada se lo dá y él lo bebe.*) Un vaso, chica... Uf! Mucho lo necesitaba...

Mari. Quién es este intruso que suprime el saludar?

Flam. Es Gaspar, mi ahijado, un buen muchacho... algo bruto... pero eso no le hace.

Gas. (*preocupado.*) Gracias, padrino. No ha salido aun del hospital el sargento Martin?

Flam. Aun no; vamos, ahijado, cuando es la boda?

Gas. Ah!.. Si... es verdad... (*con aire de embrutecimiento.*) La boda!.. (*va á sentarse á la mesa de la izquierda.*)

Mari. Se casa?

Flam. Y un gran casamiento! Yo, yo lo he arreglado con Martin la última vez que vine á tierra; todos coceis á Martin, el sargento guarda-costas?

Mari. Si le conocemos!.. Un gallardo mozo! Afortunadamente dicen que su accidente no tendrá malas consecuencias.

Cabo. Qué accidente?

Flam. Qué! No sabeis? Un rasgo soberbio! Pero no es estraño, un marino!..

Cabo. Qué decis, señor Flambart? Los guarda-costas son soldados.

Flam. No tal; son marinos que se echan al agua si es preciso.

Cabo. Os digo que son militares.

Flam. (*levantándose.*) Bien! Son anfibios! Pues señor, hace dos meses que una silla de postas bajaba á todo escape la montaña que veis allá abajo... dentro venian dos jóvenes; de repente los caballos se espantan y van á arrojarse á un precipicio. Martin, que estaba allí... corre como un rayo... salta á una roca... se arroja delante de los caballos... clava el freno en la boca del uno... corta al otro una pierna con su sable, y detiene el carruage en el momento en que iba á sepultarse... Despues, y mientras que el jóven se ocupaba de la dama desmayada, desaparece sin esperar siquiera á recibir las gracias... Al llegar á su casa fue cuando notó que estaba herido, y hubo que conducirle al hospital de Rennes, donde se halla todavia.

Cabo. Oh! Es todo un hombre ese sargento.

Flam. Ya lo creo! (*dando en el hombro á Gaspar.*) No es verdad, ahijado, que estás orgulloso con ser su cuñado?

Gas. Padrino, puesto que es preciso decíroslo... no me caso.

Flan. Cómo? Estoy sordo?

Gas. Digo... que la señorita Maria no será mi muger. (*rumor.*)

Flan. Qué palabras son esas?

Gas. Padrino, tengo razones...

Flam. Razones tú? Aguarda, aguarda, voy á darte la razon... Dejadme estrangularle!.. (*se arroja sobre Gaspar.*)

Gas. Que me matan! Socorro!

Mari. Dejadle!

ESCENA III.

Los mismos, La Criada, *despues la* Señora Flambart.

Cria. (*entrando.*) Señores, un poco de silencio.

Flam. (*á la criada teniendo siempre á Gaspar.*) Qué quieres?

Cria Es mi señora que me envia...

Flam. Vete al diablo con ella!

Sra. Flam. Qué es eso?

Flam. Oh! Mi muger! (*suelta á Gaspar y se retira avergonzado.*)

Gas. Uf!

Sra. Flam. Eres tú, Flambart, quien grita mas fuerte que los demás, cuando te tengo ordenado callarte?

Flam. Ordenado?

Sra. Flam. Calla!

Flam. Pero...

Sra. Flam. Que te calles!

Flam. (*bajo.*) Bien... Solamente pregunto por qué me he de callar.

Sra. Flam. Porque la persona que ha alquilado ese pabellon tiene necesidad de reposo y tranquilidad.

Flam. Acabáramos! Chito! Vosotros!.. Está mala?

Sra. Flam. Si.

Flam. Me parece que há de haber gato encerrado.

Sra. Flam. Y por qué?

Flam. Porque hace dos meses que está aqui, desde el suceso de anoche, y todavia no me la has presentado.

Sra. Flan. Basta del particular! Por qué maltratabas á Gaspar?

Flam. Porque no quiere casarse con la hermana de Martin.

Gas. Perdonadme, señora Flambart, pero no es culpa mia; yo amaba á esa jóven, y creo que ella tambien me queria un poco... pero durante un viage que he hecho á Nantes para mi comercio, la señorita Maria, que quedaba en Lorient con su abuela, ha encontrado un capitan del regimiento de la Reina, el cual... y finalmente, qué sucede?... que se habla de ella y de su prometido... por eso he venido á ver á mi padrino Flambart, antes que Martin vuelva, para que me lleve en su compañia á la pesca de la ballena.

Sra. Flam. Pero es cierto todo eso?

Flam. Vamos! Mi ahijado es un imbécil... y la hermana de Martin es una buena chica.

ESCENA IV.

Los mismos, Martin.

Mar. Eh! Se habla aqui de mi? (*entra con un baston en en la mano para apoyarse.*)

Flam. El es!

Gas. Martin!

Mar. (*alegremente.*) Buenos dias, amigos mios! Gracias á Dios que vuelvo á veros! Hace tanto tiempo que estaba postrado en ese lecho del hospital! Hola, señora Flambart! Siempre fresca y guapetona! (*á Flambart.*) Y tú, gordinflon?.. Y vosotros, canallas? Vengan esas manos! (*dá á todos la mano.*) Calla! Este es el cuñado..... el amigo Gaspar..... debes alegrarte al verme de pie... porque ahora se adelantará tu casamiento. (*á los otros.*) Que quereis... no pienso mas que en estos pobres chicos, cuya dicha aguardaba mi curacion. (*todos se apartan.*) Qué es eso? No me respondeis?

Flam. Vamos, ven á beber un vaso de vino con nosotros.

Sra. Flam. Cállate, Flambart; bien sabes que se le sube á la cabeza... y el sargento no está todavia muy fuerte.

Mar. Teneis razon! (*á Gaspar.*) Cómo está mi hermana y mi abuela? Siguen con su buena salud y su buen humor?

Gas. (*con turbacion.*) Si... lo mejor posible, vistas las circunstancias...

Mar. Cómo? Qué es lo que tienes?

Gas. Yo?

Mar. Aparentas un aire estúpido.

Flam. Es su aire natural.

Mar. Habrá sucedido alguna desgracia á mi familia?

Gas. No, no, al contrario... es decir... poca cosa... segun...

Mar. Qué baturrillo! Habré bebido demasiado.

Gas. Padrino, contadle el suceso. (*bajo á Flambart.*)

Mar. Sabeis que empiezo á inquietarme?

Flam. Tienes razon! Basta de misterios! Quédate aqui.

(*á Gaspar que quiere irse, deteniéndole por el brazo.*)

Gas. Padrino! (*bajo.*)

Flam. (*id.*) Si, si... Oye lo que es. Mi ahijado dice que tu hermana ha sido engañada. (*á Martin.*)

Mar. Qué?

Gas. (Jesus! Es mas bruto que yo!) (*quiere irse.*)

Flam. Quieres quedarte! (*deteniéndole.*)

Mar. Engañada? Mil truenos!.. Y por quién?

Flam. Por un calavera, un oficial del regimiento de la Reina, llamado... Cómo le llamas tú? (*á Gaspar.*)

Gas. El... el vizconde de Esgriñy.

Mar. El vizconde de Esgriñy! (*yendo hácia Gaspar.*) Eres tú quien se atreve á sostener?..

Gas. No, no, yo no sostengo nada, señor Martin. Son los otros, las gentes del pais; me han dicho que me quitarian la honra, si me casaba con...

Mar. Con quién?

Gas. Con... con la amiga de otro.

Mar. (*levantando el baston.*) Desgraciado!

Sra. Flam. Martin! (*deteniéndole y quitándole el baston.*) Vete! (*á Gaspar.*)

Gas. En seguida! (*saliendo.*)

Sra. Flam. Dejadnos! (*á los soldados y marineros.*)

Mar. Un momento; veo entre vosotros soldados del regimiento de la Reina... Decidme, quién es ese vizconde de Esgriñy? Un fátuo, un libertino...

Cabo. Vaya! Estoy seguro de que sin la proteccion del Duque de Choiseul...

Sra. Flam. Martin!..

Mar. Dejadme... Estoy tranquilo... No dudo de mi hermana, pardiez! Pero quiero saber el hecho. (*á los soldados.*) Vuestro regimiento sigue en Lorient?

Cabo. Si, pero dicen que partiremos hoy para Nantes.

Mar. Hoy!

Cabo. Camaradas, en marcha... Buenos dias, señora Flambart... hasta la vista, amigos. (*salen los soldados y marineros.*)

ESCENA V.

Martin, Flambart y la Señora Flambart.

Mar. (*con distraccion; bebe.*) Si... en viéndole si, pardiez! Yo veré á ese galante oficial, á ese seductor...

Sra. Flam. Vamos, Martin!.. Has parado la atencion en las palabras de un tonto como Gaspar?

Flam. Si, si... eso se aclarará...

Mar. Justamente; para aclararlo me vuelvo á Lorient. (*coge su baston.*)

Sra. Flam. Cómo?

Flam. Es menester una esplicacion...

Sra. Flam. Quieres callarte? (*bajo á su marido.*)

Flam. Si, muger.

Sra. Flam. Eres un imbécil.

Flam. Si, muger!

Sra. Flam. Trata primero de distraerle.

Flam. (Si, muger.) Eh! Martin! un traguillo para tomar fuerzas.

Sra. Flam. (Hacerle beber! Otra atrocidad!)

Mar. Si, bebamos!.. Por mi hermana, Flambart!.. Por mi anciana madre!.. Por el honor de la familia!.. Y desgraciado del que se atreva á imprimirle una mancha! (*bebe.*)

ESCENA VI.

Los mismos, El Conde, *en trage de viage.*

Con. Por fin ya estoy de vuelta! Tengo una inquietud; no sé que tristes presentimientos me han perseguido durante el camino... entremos. (*se dirige al pabellon enfrente á la señora Flambart.*)

Sra. Flam. Ah! Sois vos, caballero? Qué dicha! Os aguardan con impaciencia.

Con. Señora, vuestras palabras me hacen feliz! Siguen todos bien.

Sra. Flam. Muy bien!

Con. Respiro! Durante el viage que he tenido que hacer á Rennes, y que no ha durado mas que tres dias, me han asaltado siniestros pensamientos.

Sra. Flam. Lo creo! Un corazon enamorado siempre se halla agitado.

Con. No estamos solos.

Sra. Flam. Es mi marido y otra persona que conoceis; aguardaos un momento, que voy á preparar á esa persona para que os reciba sin sorpresa. (*sube al pabellon.*)

Con. Una persona que conozco... (*mirando á Martin que está en la mesa de la derecha.*) Pero... no me engaño... es él... él mismo!..

Mar. Caballero...

Con. No me conoceis? Soy yo! El que habeis salvado...

Mar. Ah! si! Es verdad!.. (*levantándose.*) Cuanto celebro... Estais bueno?

Con. Amigo mio! Venid á mis brazos, porque no soy yo solo quien os debe la vida, otra persona que adoro ha sido salvada por vos del mas espantoso peligro.

Mar. Eso no es nada... un pequeño golpe de mano; del que no hay que alabarse; otro mas diestro que yo hubiera detenido el tiro sin hacerse daño.

Con. Creedme, Martin, vuestra bravura me ha conmovido! Detenido aqui al lado de la persona que acompañaba, solamente ayer he podido ir á veros al hospital de Rennes y acababais de salir; sin embargo, desde los primeros dias me habia informado de vuestra situacion; os he enviado mi médico, un hombre de toda mi confianza.

Mar. Ah!.. si... el señor Mauricio Verdier... no tendrá la mia.

Con. Cómo?

Mar. Perdonadme, pero su aire no me agrada... tenemos un escelente cirujano... y naturalmente he rehusado el vuestro.

Con. De modo que las ofertas de que era portador?...

Mar. Pues por eso le he tomado mala voluntad. Os dispenso, porque no me conoceis.. Dinero á Martin, porque ha hecho lo que cualquier hombre de corazon hubiera hecho tambien en su lugar? No! el sargento Martin no vende sus servicios... Si hubiera tenido la desgracia de perder el brazo, por muy rico que seais, no tendriais dinero para pagarme.

Con. Lejos de mi la idea de ofenderos! Cómo quereis que os demuestre mi reconocimiento?

Mar. Pardiez! Como ya lo habeis hecho, llamándome vuestro amigo... eso me basta...

Con. Noble corazon!.. nuestra amistad será eterna! (*dándole la mano.*)

Mar. Corriente; soy vuestro amigo, pero de quién... porque no sé vuestro nombre!

Con. Martin, siento tener secretos para vos; si lo exigis os diré quien soy; pero si quereis darme una prueba de la amistad que os pido, no insistais por ahora y llamadme Leon solamente.

Mar. Como lo ordeneis.

Con. Mas tarde os lo esplicaré todo. Mi viage á este pais es un misterio, en el que se arriesga el honor de otra persona.

Mar. De una muger quizás?.. Comprendo!.. Esa señorita que tanto se recata... Está dicho!.. no os pregunto nada.... porque yo tambien pienso en el honor de una muger, á quien he olvidado charlando con vos.

Con. A qué aludis?

Mar. Nada! Cobardes!.. Se aprovechan de que el padre ha muerto, y el hermano está en el hospital!

Con. Qué? Es vuestra buena accion la causa?..

Mar. Oh! pero me las pagará, si hay justicia en el cielo. (*á Flambart que se ha quedado dormido sobre la mesa.*) Eh! Flambart!

Flam. Eh? qué es eso? bebemos?.. (*despertando.*)

Mar. El mercado está lejos, y no tenemos tiempo que perder!..

Con. Martin, suceda lo que suceda, acordaos de que teneis en mi un amigo.

Mar. Lo sé! y si me estimais, rogad á Dios que llegue á tiempo de desenmascarar á un miserable! En marcha, Flambart, en marcha! (*sale con Flambart.*)

ESCENA VII.

El Conde la Señora Flambart.

Sra. Flam. Dios mio!.. (*saliendo del pabellon y siguiendo con la vista á Martin.*) Si al menos Flambart tuviera el talento de calmarle!

Con. Celebro vuestra llegada: cómo está nuestra querida enferma?

Sra. Flam. Descansado todavia... Asi que despierte, vendrán á avisarme... pero decidme; cuando me pregunte, como tiene de costumbre, por el inocente niño que he recibido en mis brazos, antes de vuestra partida, y que os llevasteis, que le respondo?

Con. Que lo he confiado al caballero Mauricio Verdier, que se le ha buscado una nodriza cerca de Vannes, la cual le educará sin revelarle el secreto de su nacimiento, porque ese secreto, es la reputacion, es la vida de una muger! Por vuestra salvacion, señora, no digais nunca una palabra que deje traslucir este misterio!

Sra. Flam. Vivid tranquilo! (*á media voz.*) No es mia la falta, si un neceser de viage, al caérseme al suelo, y romperse, me ha permitido leer el nombre de la señorita Keronel.

Con. Silencio! Y oid callándolo tambien, lo que puede justificarla; esa señorita no tenia mas que diez y seis años, cuando yo la amaba con delirio! Mis deseos eran puros como ella; tengo un nombre ilustre; soy rico, y mi alianza no podia ser rechazada: su madre habia muerto, y su padre se hallaba á la sazon en las colonias, recogiendo una herencia que debia rehacer su fortuna destruida por el juego... Le aguardamos dos años... El cielo me es testigo, de que al triunfar mi pasion de su resistencia, me creia en vísperas de ser su esposo; ahora nada debe retardar este casamiento; llego de Rennes, en donde he puesto en orden mis negocios, y libre ya por esta parte, iré á las colonias á buscar al padre de la que es mi muger ante Dios: dicen que es violento y terrible, pero antes que vuelva á ver á su hija, le diré mi amor y mis proyectos. Si es preciso, afrontaré sus iras; pero volveré con un consentimiento que hará feliz á mi esposa, y que dará un nombre á nuestro hijo.

Sra. Flam. Procedeis con honor... pero durante vuestra ausencia, esa jóven...

Con. No quedará aqui; antes de embarcarme, si la opinion del Doctor Verdier es favorable, la acompañaré á su pais. Asi pues preparadlo todo, para que este viage se haga con el mismo misterio que nuestra venida.

Sra. Flam. Descansad tranquilo!

Con. Oid otra cosa. Vengo de Rennes como os he dicho, donde he realizado la cantidad de doscientas mil libras en billetes, que llevo en mi cartera... (*en este momento un hombre oculto en una gran capa, aparece en el fondo y escucha.*)

Sra. Flam. Seguid.

Con. Esta suma la destino á mi hijo. No tengo mas pariente que un hermano, cuyos escesos han causado la muerte de nuestro padre. Varias veces he querido ayudarle, pero no he hecho mas que aumentar sus disipaciones... dicen que su regimiento está acantonado en las cercanias. Deseaba verle, pero como el tiempo me falta, pienso depositar en casa del notario de Vannes, estas doscientas mil libras, con la condicion de que si me sucede alguna desgracia, durante mi viage fuera de Francia, esta suma será entregada á mi hijo.

Sra. Flam. Es un gran pensamiento. (*El embozado atraviesa de puntillas la escena y entra en el pabellon.*)

Con. Por otra parte, quiero ir esta tarde á hablar á la muger de Toby el pescador, para abrazar á mi hijo, porque pienso partir dentro de dos dias.

Sra. Flam. Dentro de dos dias! Y no temeis que la enferma no pueda soportar el viage?

Con. Voy á consultar con el doctor Verdier, que conoce el pais, y él me servirá de guia. Sobre todo, ni una palabra á mi querida Amelia... El cuidado que tengo por el porvenir, le inspirará inquietudes sobre los peligros que correré lejos de ella, y en el estado de debilidad en que se halla, la menor conmocion podrá serle funesta.

Sra. Flam. Fiaos en mi. (*el Conde entra en el pabellon.*)

ESCENA VIII.

Sra. Flambart, Flambart, Marineros.

Sra. Flam. Pobre señorita! Pero qué es lo que veo! (*varios marineros entran.*)

Mari. Eh! amigos, ved á Flambart que vuelve! (*mirando al fondo.*)

Sra Flam. Solo?

Flam. Jesus! (*entrando con agitacion.*) cuantos estais aqui? Tres, cuatro? Valientes y furnidos?... Bien, venid conmigo.

Mari. A dónde?

Flam. A ayudar á nuestro amigo Martin!

Sra. Flam. Martin! Dónde le has dejado?

Flam. De centinela á la puerta del capitan.

Sra. Flam. Y no le has traido?

Flam. Crees que eso es fácil? Ah! él es!

ESCENA IX.

Los mismos, Martin; *despues el* Conde.

Mar. Silencio! (*entra con aire estraviado y cierra las puertas.*) Me siguen!

Sra. Flam. Quiénes?

Mar. Los soldados!

Con. Qué pasa? (*saliendo del pabellon. El embozado sale con el mismo misterio que entró y desaparece lentamente.*)

Sra. Flam. Dios mio! teneis sangre; que habeis hecho?

Con. Hablad, amigo mio!

Mar. He vengado á mi hermana.

Sra. Flam. Virgen mia!

Mar. Vienen? (*á Flambart que está en el foro.*)

Flam. No vemos á nadie... habrán perdido las huellas... Es igual, hijos, vamos á la descubierta, y si los encontramos, trataremos de alejarlos. (*se alejan. La Sra. Flambart vá y viene como si estuviera en acecho.*)

Con. Martin, esplicaos.

Mar. Fuí á hablar con mi hermana... al verme prorumpió en llanto.,. Maria, la dige, te acusan... tu prometido mismo; ese valiente Gaspar... es él quien ha mentido? Responde; habrás escuchado á un cobarde seductor?.. Eres culpable? Entonces, ocultándome el rostro... cayó á mis pies... No sé que rabia me cegó.. levanto el brazo sobre ella...

Sra. Flam. Martin!

Mar. Pero entonces otro pensamiento me detuvo. Desgraciada! esclamé, estás bastante castigada! Es de otro de quien debo vengarme... y corrí á casa del oficial, que segun me dijeron, iba á montar á caballo para partir.

Con. Acabad!

Mar. Prevenido sin duda de mi llegada, habia hecho guardar su puerta, pero yo... he forzado la consigna... Al verme se puso pálido... no sé lo que dijo á sus criados... de arrojarme... cuando conteniendo apenas mi cólera, le hablé de mi hermana... de una niña engañada... Vi de repente su látigo levantado contra mi... me senti herido en el rostro!... Semejante insulto no se lava sino con sangre!.. Defiende tu vida, le grité desenvainando la espada!.. él tambien sacó la suya, y se lanzó sobre mi... paré el golpe, y él cayó! La sangre corria... no sé despues lo que ha pasado... he huido al azar... y á lo lejos oia... el capitan está muerto... detenedle!.. pero en la confusion he podido llegar hasta aqui. (*cae sentado al lado de la mesa izquierda.*)

Con. Martin, que horrorosa desgracia!

Mar. Soy culpable?

Con. No, Martin, has procedido como el honor te ordenaba, y juro hacer todo lo posible por salvarte. Pero sabes los peligros que corres? Has herido á un oficial, tú, siemple sargento!

Mar. Si, á un capitan.

Con. Un noble tal vez, un nombre ilustre?

Mar. Si, un nombre ilustre; al Vizconde de Esgriñy! (*levantándose.*)

Con. Mi hermano! (*retrocediendo.*)

Mar Dios mio! Al que he herido era vuestro hermano, hermano del que yo aprecio tanto, de vos que sois tan noble y generoso!.. Maldicion sobre mi!.. Aborrecedme!.. vengaos de mi! Entregadme, no me resistiré!

Con. No... este golpe imprevisto es muy cruel sin duda... porque en este momento olvido las flaquezas de mi hermano para no acordarme mas que de los dias que los dos nos queriamos!.. Sin embargo, no seré injusto... habia merecido su suerte... Dios es quien le ha herido por tu mano... y ademas, si has vertido la sangre de mi hermano, recuerdo que te debo la vida de mi muger... No puedo ya estrechar tu mano... pero he ofrecido ayudar á salvarte, y cumpliré mi palabra.

Mar. Que no pueda daros mi vida en expiacion de la desgracia que os he causado!

Con. No hablemos mas sobre esto! Es preciso pensar en tu seguridad... los gendarmes te persiguen y esta posada no podrá ofrecerte un asilo seguro.

Sra. Flam. Dios mio! (*volviendo.*) Aqui vendrán á buscarle primero!

Con. Felizmente se acerca la noche, y te será facil hallar un abrigo, por algunas horas, en las rocas que rodean el mar entre Lorient y Vannes; mañana al amanecer, te reunirás conmigo, á la entrada de Vannes, en la cabaña de Toby el pescador... le decidiré á que te conduzca en su barca... y desde alli ganarás algun buque que vaya á las colonias.

Mar. Cómo pagaros?

Con. No me des gracias. No debo tener para ti ni odio ni amistad; dejame creer que cumplo con una obligacion.

Mar. Si alguna vez necesitais un hombre que os sirva como un esclavo... contad con el pobre Martin el Guarda-costas!

Flam. Ya vienen los soldados. (*volviendo con los marineros.*)

Sra. Flam. Huye, Martin, por la puerta de la granja. (*Martin sale precipitadamente; se hace de noche.*)

Mar. Protegedme, Dios mio! (*saliendo.*)

Con. Cumpliéronse mis tristes presentimientos. (*entra un oficial con algunos soldados.*)

Ofi. Reconoced toda la casa! (*á los soldados.*)

Flam. Pueden hacerlo, que aqui somos gentes honradas.

Ofi. Que nadie salga. Quién sois, caballero? (*al conde.*)

Con. El conde Leon de Esgriñy.

Ofi. El hermano de la victima?

Con. Ha muerto mi hermano?

Ofi. Sin proferir una sola palabra... pero se conoce á su matador.!. Daremos con él! Sereis vengado, caballero.

Con. (Hermano mio, que el cielo te perdone como al hombre que te ha herido! Pero el doctor Verdier me aguarda...) (*á la Sra Flambart.*) Señora, velad por mi esposa! (*dirigiendose á las ventanas del pabellon.*) Hasta mañana, Amelia! hasta mañana. (*sale.*)

ESCENA X.

Sra Flambart, Flambart, Oficial, *soldados*; *despues* Gaspar.

Cabo. (*entrando.*) Por mas que hemos buscado nada se encuentra sino este muchacho que parecia en acecho. (*mostrando á Gaspar.*)

Ofi. Quién eres? (*á Gaspar.*)

Gas. Gaspar, el ahijado de mi padrino.

Flam. Si, un imbécil.

Gas. (*al oficial.*) Ya veis como me conoce.

Ofi. Anda! busquemos por este lado. (*soltando á Gaspar, salen por el fondo.*)

ESCENA XI.

Flambart, Sra Flambart, *y* Gaspar.

Flam. Desgraciado, qué vienes á hacer aqui?

Gas. Padrino mio...

Flam. Vete, ó vive Dios!.. (*con cólera.*)

Sra Flam. (*deteniendo á su marido.*) Flambarte! (*á Gaspar.*) No sabes que eres la causa de todo?

Gas. Si lo sé!... pobre Martin! dónde está?

Sra Flam. Por fortuna ha huido!

Gas. Por qué lado?

Flam. Quieres que te lo diga para que den con él?

Sra. Flam. Para que le quieres ahora?

Gas. Venia á darle todos mis ahorrillos.

Sra. Flam. Ya es tarde, y es preciso que no vuelva mas á este pais... pero que será de su pobre madre?

Gas. Yo cuidaré de ella... ¿Y el capitan ha muerto, no es verdad?

Sra. Flam. Si.

Gas. Eso cambia el asunto... Me casaré con Maria! Ah! (*rumor fuera.*)

Flam. Otra vez los soldados!.. Le habrán cogido?

ESCENA XII.

Los mismos, El Cabo, *soldados,* Flambart, *y* Señora Flambart.

Cabo. Luces! Pronto!

Sra. Flam. Qué ocurre?

Cabo. Un suceso horrible. Recorriendo las rocas para descubrir al matador del capitan, hemos hallado el cuerpo de un hombre asesinado.

Flam. Cielos!

Ofi. Asesinado!.. por quién? (*llegando.*)

Cabo. Se ignora.

Ofi. Pero la víctima?..

Cabo. La traen aquí para reconocerla. (*entran algunos soldados con el cuerpo del conde.*) Acercad esas hachas.

Flan. Dios mio! Es el desconocido! (*mirando.*)

Sra. Flam. Pobre muger! (*se dirige al pabellon.*)

Cabo. Y quién es este hombre?

Ofi. Es el conde Leon de Esgriñy. (*con los cabellos sueltos aparece Amelia en lo alto de la escalera del pabellon y lanza un grito.*)

Ame. Ah! Que será de mi, madre de Dios! (*cae en los brazos de la Sra. Flambart. Cuadro.*)

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

Un jardin del fuerte de Francia en la isla de la Martinica. A lo lejos montañas elevadas, y en el horizonte el mar: á la derecha la entrada de la habitacion. A la izquierda, en primer término, plátanos formando emparrado; á la derecha una mesa, sillas debajo del emparrado y al rededor de la mesa. En segundo término un banco. Encima de los primeros términos hay un toldo, como una especie de resguardo contra el calor del dia.

ESCENA PRIMERA.

Al alzarse el telon se oye tocar una campana, y en el momento Negros *de ambos sexos se esparcen por la escena. Se percibe el látigo del* Mayoral *encargado de ellos, que entra.*

May. Vamos, canalla! Abanzad á la orden y escuchadme! (*todos se acercan y forman un medio círculo.*)

Los Negros. Estar aquí, mi su amo.

May. Silencio! El almirante Saint-Renant, gobernador de la Martinica, está aliviado del ataque de gota. Hoy por la mañana volverá á sus paseos habituales, y vendrá tambien á desayunarse aquí, bajo este emparrado, con su esposa la condesa y uno de sus amigos; por esto es menester que todo se halle en regla, pues de lo contrario habrá una buena distribucion de latigazos. Me habeis oido? Pues al trabajo. (*ajita el látigo y los negros echan á correr de todos lados; se distribuyen y trabajan durante la escena siguiente.*)

ESCENA II.

Los mismos, Kercadet *con una caja de dibujo y papel.*

Ker. Buenos dias, holgazanes!... Que listos son estos negros... pero un blanco se respeta demasiado para tener tanta vivacidad... Hola, señor mayoral, cómo vá?

May. Buenos dias, señor... señor...

Ker. Kercadec, antiguo grumete del *Júpiter*, hoy dia agregado al servicio particular del almirante Saint-Renant.

May. Y empezais, señor Kercadec, á acostumbraros al clima de la colonia?

Ker. No mucho: el calor se me apodera de los nervios y me dá una pereza... Y para colmo de desdichas, me encargan tantas cosas... no me dejan tiempo para descansar...

May. Pues yo os veo todo el dia durmiendo en los sitios mas sombrios.

Ker. Es para reflexionar mejor lo que tengo que hacer!.. Ay!. si yo tuviese á mi servicio uno de esos orangutanes... este por ejemplo, que es muy grande y muy fuerte.

Negro. Vos, blanco bueno, amo de mi?

Ker. Me deleita su modo de hablar; blanco bueno, amo de mio,» con esa media lengüilla... Si, cachorrito mio... tu ser feliz si querer servirme á mi... tu hacer todo el trabajo al amo bueno... y yo quererte mucho... Ya veis, señor mayoral, qué bueno es saber como yo todas las lenguas... Oh! tengo yo un talento y una chispa... (de buena gana tomaria una!) (*acercándose al negro.*) Ven acá, inglés... eres joven? (*le abre la boca para examinarle los dientes, el negro le muerde.*) Ay! ay! que buenos dientes!.. tiene!.. (*le alza el brazo para examinar su talla; el negro deja caer el brazo sobre la espalda de Kercadec.*) Ay!.. es muy fuerte!.. cómo te llamas?

Negro. Manguito.

Ker. Manguito? Que me traigan uno de dulce! Yo querer saber si tu ser bien derecho... toma; para empezar pon eso sobre aquella mesa. (*dá al negro la caja y el papel.*) Que guapito, y que complaciente! (*suena la campana.*)

May. Esclavos, el desayuno. (*todos los negros salen corriendo. Manguito tira la caja á las piernas de Kercadec y se escapa con los demas.*)

Ker. Canastos! Qué has hecho, genizaro?.. Me ha roto las piernas... Ahora voy á necesitar descansar!

ESCENA III.

Kercadec, Eduardo.

Edu. (*entrando: trae un carton para dibujar.*) La señorita Clotilde bajará pronto como ayer, y podré terminar el retrato que tan felizmente he comenzado. El gobernador, convaleciente aun, no llamará á su secretario antes del mediodia y tendré tiempo... (*viendo á Kercadec que se ha sentado en una silla.*) Eres tú, Kercadec..? Has hecho lo que te he ordenado?

Ker. Si, señor Eduardo... He puesto ahi vuestra caja de dibujo... y qué pesada es!

Edu. Perezoso!

Ker. Eso es, perezoso! (*levantándose.*) Todo el mundo me llama perezoso, empezando por el almirante, que se empeña en echarme abajo de la hamaca á las nueve de la mañana... Que persona decente se levanta antes de la una del dia?.. No le dejan á uno descansar... Y luego, para qué?.. Para emplearme en llevar fardos...

Edu. Has ido hasta el puerto?

Ker. Vaya si he ido... y por cierto que desde aquí á él hay un cuarto de legua bien cumplido... y luego ir y volver... Uf! estoy rendido! (*se sienta en otra silla.*) Necesito descansar...

Edu. Y qué?

Ker. He visto el buque que llegó anoche; viene de la Habana, y le ha faltado muy poco para ser cogido en la travesia por los ingleses.

Edu. Lo sé... Un pasagero, un amigo del gobernador, segun parece, se ha presentado anoche en el fuerte, y el señor de Saint-Renant le ha hospedado aquí cerca,

en la plantacion de San Vicente... Has visto á los marineros?.. Les has hablado? No estaba entre ellos mi padre?

Ker. No señor. (*levantándose.*)

Edu. Pero habrás conseguido noticias de él?

Ker. Tampoco.

Edu. Otra esperanza perdida... Pobre padre mio! Contaba ya con verle, porque hace dos años que partió... el 10 de Junio de 1780.

Ker. Un Domingo!. No lo olvidaré... porque eso de embarcarse en dia de fiesta... el dia destinado al descanso... Pero es verdad que el señor Van-Broust es un marino consumado,.. Como me gusta á mi la vida activa... eso de andar de un lado para otro... (*se sienta.*) sentado en el barco... Y el señor Van-Broust, que podria ser hoy contramaestre, porque el señor de Saint-Renant, que es tan duro para todo el mundo, le habia tomado cariño y queria pedir para él al gobierno toda clase de recompensas... mas él lo ha rehusado con obstinacion.

Edu. Si, pero me ha hecho colocar aqui como secretario, cuando el contra-almirante Saint-Renant, por premio de cuarenta años de servicios, ha llegado á ser gobernador de la Martinica.

Ker. Que bueno es ese Van-Broust.! Y decidme, es holandés? (*acercando su silla.*)

Edu. En la apariencia.

Ker. Y vos no lo sois?

Edu. No.

Ker. Lo que mas me estraña es, lo que se dice... que solo ama á vós en el mundo, y esto no le impide dejaros durante años enteros. Dicen tambien que ha hecho un voto... os lo ha esplicado?

Edu. Bien, basta de preguntas. (*impaciente.*)

Ker. Perdonad, señor Eduardo; como hablando descansa uno... que bonito dibujo estabais haciendo ayer! Este soberbio punto de vista, segun me digisteis, con la mar al fondo y un buque en el horizonte, el Júpiter, no es verdad? Enseñádmelo, enseñádmelo...

Edu. No está concluido.

Ker. Pues entonces... hacedme un favor. Eh? Ponedme á mi tambien sobre el Júpiter, tumbado en mi hamaca, y meciéndome como un cachorrito... (*se acuesta en el banco.*) de esta manera... estoy bien asi...

Edu. Si. (*con distraccion y tomando los lápices.*)

Ker. Me vais á dibujar? (*en el banco.*)

Edu. Si, pero cállate y no te muevas.

Ker. Qué me habia de mover? Cosa mas rara! tengo una laxitud en todos los miembros... yo creo que es una enfermedad que me acomete cinco ó seis veces por dia; entre las comidas, se me abre la boca... se me cierran los ojos y... de seguro va á haber tempestad! de seguro!.. Y como no le dejan... á uno... descan... sar... (*se duerme.*)

Edu. (*para si.*) Padre mio! Cuantas veces muge el viento en nuestras costas, pienso en él y quisiera compartir sus peligros... Alejado de mi siempre, no me ha confiado sus aventuras ni sus proyectos..... Estraño misterio! El señor de Saint-Renant su antiguo ayudante, tampoco puede darme una esplicacion... Alguien viene... Es su sobrina, la señorita Clotilde!

ESCENA IV.

Los mismos, Clotilde, *con una canastilla de labor.*

Clo. (Mi buena tia no se ha levantado aun, y creo que le haria bien el aire puro de la mañana...) (*viendo á Eduardo.*) Ah! El señor Eduardo!

Edu. Señorita, si mi presencia os incomoda?

Clo. No, venia á trabajar bajo este emparrado... Y vos, vendreis sin duda para acabar el croquis de este bello paisage.

Edu. Precisamente, señorita.

Clo. Cada cual á su obra, como ayer por la mañana; vos allí y yo aqui. (*se sienta bajo el emparrado, y Eduardo á la mesa. Momento de silencio.*)

Edu. (Nunca podré copiar...) (*con el lapiz en la mano contemplando á Clotilde.*) Señorita, tendriais la bondad de volveros un poco hácia mi?

Clo. Con mucho gusto... Para qué?

Edu. Me ocultabais un pedazo de vista delicioso...

Clo. Si lo hubiera sabido!.. Estoy bien asi?

Edu. Muy bien! (*durante el diálogo que sigue, hace el retrato de Clotilde.*) Este es para mi el momento mejor del dia.

Clo. (*con inocencia.*) Y para mi, porque como no me gusta el mundo...

Edu. A vos, señorita, que habeis nacido para brillar!...

Clo. Porque soy una rica heredera? Tambien soy huérfana, y los placeres me conmueven bien poco... vos comprendereis esto, porque el cielo os ha herido con el mismo golpe.

Edu. Si... mi madre murió al darme á luz... pero tengo el derecho de quejarme? Vuestra tia la señora de Saint-Renant me manifiesta un interés...

Clo. Es tan buena! No me gusta que mi tio use con ella algunas veces de tanta aspereza.... Y por qué?.. Por qué está triste?.. Como si le faltase motivo? Ni vos mismo estais al abrigo de la ira del almirante.

Edu. Yo?

Clo. Ayer no podimos menos de temblar mi tia y yo... Cuando os llamó creiamos que alzaba la voz....

Edu Se irritaba con las lágrimas que habia sorprendido en los ojos de la condesa... Entonces intenté defenderla....

Clo. Justamente; (*acercando un poco su silla.*) eso es lo que ella temia. Hablamos de vos con frecuencia, y cuando estais triste y preocupado, recordamos lo que dice mi tio... que estais atormentado por sueños de ambicion y de fortuna... Y por qué? Se está tan bien aqui!.. Espero que no querreis dejarnos... tenemos tanto gusto en veros! (*se acerca mas.*)

Edu. Puedo esperar que vos... que vuestra tia...

Clo. Mi tia sabe apreciar el mérito.

Edu. Y vos tambien...

Clo. Yo soy siempre de la opinion de mi tia.

Edu. Señorita! (*se oye un cañonazo lejano. Kercadec se asusta y cae del banco.*)

Ker. La guardia! Ladrones! (*queda sentado en el suelo. Clotilde ha retrocedido espantada.*) No le dejan á uno descansar!

Edu. Ese cañonazo nos anuncia que un nuevo buque acaba de entrar en el puerto.

Ker. Calla! No estoy solo? (*sentado.*) Va bien, señorita? Yo tan famoso, aunque como no descanso,..

Edu. Vete. (*asiéndole del brazo.*)

Ker. Se acabó el retrato? No direis que me he movido.....

Edu. Corre al puerto para saber noticias.

Ker. Otra vez? Si yo tubiera un negro que anduviese por mi... No me dejan descansar un momento. (*sale muy despacio.*)

Clo. Mi tia debe estar levantada. Adios, señor Eduardo.

Edu. Hasta mañana.

Clo. Hasta mañana.

Edu. Ah! Clotilde!.. Si el inmenso amor que me trae desvelado, recibe el premio que tanto anhelo, mi fe-

licidad no tendrá límites, y mi sola aspiracion será colmar la tuya.

ESCENA V

EDUARDO, KERCADEC, *y despues* VAN-BROUST.

KER. Ah! Señorito Eduardo.
EDU. Qué es eso?
KER. Me ha hecho correr delante de él! Correr yo!
EDU. Pero quién?
KER. El!.. Me dijo: «coge el cable y gana la delantera, perezoso!» Me reconoció al momento!.. Miradle, miradle!..
EDU. Podré creerlo! (*Van-Broust entrando.*)
VAN. Eduardo!
EDU. Padre mio! (*se abrazan.*)
KER. Dejadme admiraros! Sois el movimiento contínuo!..
ALM. (*fuera.*) En dónde está? En dónde?
VAN. Es él! Es su voz!
KER. Aqui si que echo yo á correr. (*sale corriendo.*)

ESCENA VI.

EDUARDO, VAN-BROUST, EL ALMIRANTE.

ALM. Es mi valiente Van-Broust! (*entrando por la derecha.*)
VAN. Yo mismo, mi almirante.
ALM. Toca esos cinco, viejo camarada... De dónde diablos vienes?
VAN. Vengo de pescar la ballena en el mar del Norte.
ALM. Y ahora?
VAN. Voy á pescar corales en la mar del Sur.
ALM. Vuelves á marcharte?
VAN. Mañana mismo.
EDU. Tan pronto?
VAN. Yo soy asi... No puedo echar el ancla en ninguna parte... el tiempo de abrazar á mi hijo y á la travesia! Un accidente de mi vida, un capricho de la suerte, me arrojó en otro tiempo sobre el océano.
ALM. Hace veinte años... Lo recuerdo... no era entonces mas que capitan de Fragata; viniste á verme con una carta del comandante de Lorient, el cual me recomendaba eficazmente al marinero Van-Broust á quien desgracias de familia obligaban á espatriarse. Van-Broust! Nombre holandés, y no obstante, tú eres francés; pero nada te he preguntado; guarda tus secretos, que yo me fio en el hombre que te ha enviado y mucho mas en tu fisonomia; y he tenido razon, porque ni el uno ni la otra han mentido... Tú has nacido, voto al diablo! para la vida de marino!
VAN. A fé mia que sin mi hijo y sin vos, no querria ver la tierra sino con un anteojo.
ALM. Por Barrabás que me reconozco en eso! Desde que me han sacado á seco sobre la orilla, estoy aleteando como una foca que se muere... Gobernador de la Martinica! Ciertamente que no es mala retirada, pero no vale la vida activa! No he dejado de pensar en ti, lobo marino. Mira, tu vista me recuerda nuestras espediciones lejanas, nuestras campañas y nuestros combates. Pregúntale á tu hijo, que escribe mis memorias, qué puesto ocupas en ellas? Tienes el puesto de honor...
VAN. Si, en nuestra guerra de América... cuando hicimos saltar tres puente ingleses.
ALM. Y aquel pedazo de bomba que te desbarató tu espalda?
VAN. Y aquella cuchillada de abordage que os rebanó el hombro derecho?
ALM. Qué buenos tiempos aquellos!
VAN. Soberbios!
ALM. Al paso que en los presentes no hay nada...
VAN. Nada mas que el cabotage...
ALM. Y la gota... añadiendo las mugeres!.. Al menos allá abajo, en la mar, no habia mugeres... A fé de marino, que mas quiero desenredar cincuenta mil cordages que los hilos con que se mueven esos vichos con faldas. (*va á sentarse.*)
VAN. Qué es lo que tiene? (*bajo á Eduardo.*)
EDU. Lo ignoro.
VAN. Vé á esperarme en el puerto. (*Eduardo sale.*)

ESCENA VIII.

VAN-BROUST, EL ALMIRANTE.

VAN. Mi almirante, ahora que estamos solos, dispensad la pregunta... Qué diantre de escala solfeabais á propósito de las mugeres? Supongo que no os refeririais á la Señora Condesa, la mejor, la mas digna de las mugeres?
ALM. Si, es una santa! Eso dicen todos... pero á mi no me compadecen.
VAN. A vos?.. Por qué?
ALM. Vive Dios! Porque rábio todo el dia.
VAN. A causa de la condesa?
ALM. Qué duda tiene?
VAN. Cómo? Tal vez su conducta con vos...
ALM. Perfecta! Es un modelo de dulzura y sumision.
VAN. Y por eso rabiais?
ALM. Si, porque al mismo tiempo está triste y llora sin decir la causa.
VAN. Fácil es de comprender! Vos la haceis desgraciada.
ALM. Yo?
VAN. Vos! Hace tiempo, cuando estábamos á bordo, habiabais de ella con unos celos.!.
ALM. Celoso yo? Eso no es verdad.
VAN. Almirante, es positivo.
ALM. Te digo que no!
VAN. Os digo que si!., tan cierto que jurabais por todos los diablos que la matariais.... si...
ALM. Por eso si, ira de Dios! lo haria!
VAN. Ya lo veis! (*con energia.*)
ALM. Viejo testarudo, quisiera saber lo que pensarias respecto al particular, cuando estabas casado.
VAN. Cuando estaba casado?.. (*turbado.*)
ALM. Si... has tenido una muger que la perdiste el dia mismo que te dió un hijo. No es esto lo que me has dicho?
VAN. Si... si... pero nunca me causó disgusto alguno... Y qué me decis de mi hijo Eduardo?
ALM. Diré primero, que hay en eso una cosa que me asombra.
VAN. Qué?
ALM. Que sea hijo tuyo.
VAN. Qué ocurrencia!
ALM. Te se parece como un navío á una foca; tú eres rudo y sin modales, y él...
VAN. Es un caballero? Lo he querido asi... Le he hecho dar una educacion esmerada, y me envanezco...
ALM. No le falta porvenir, y por Júpiter que lo realizará.

ESCENA VIII.

Dichos, LA CONDESA.

CON. Hablabais de Eduardo? (*que ha entrado por la derecha y ha oido las últimas palabras.*)

Van. Señora Condesa...
Con. Instruida de vuestra llegada, estaba segura de proporcionaros una satisfaccion viniendo á hablaros de vuestro hijo..... de Eduardo, á quien todos quieren aqui. Cuando nos lo confiasteis, os ofrecí tratarlo como hijo, y he cumplido mi palabra; él por su parte nos ha demostrado cariño y gratitud, especialmente al Señor Conde...
Alm. Es un buen muchacho y corre de mi cuenta su porvenir.

ESCENA IX.

Los mismos, Kercadec.

Ker. Uf!.. perdonadme, señor Almirante, pero estoy sudando como un pollo...
Alm. Qué ocurre?
Ker. Estaba yo allá abajo, junto á la verja durmiendo... digo, trabajando, cuando el pasagero, ese señor que habeis hospedado en la plantacion de San Vicente...
Alm. Acaba!
Ker. Vino y me despertó...
Alm. Cómo?.. perezoso...
Ker. Me he equivocado... me envió para anunciaros su visita.
Alm. La esperaba en efecto.
Van. Voy á reunirme con mi hijo en el puerto.
Con. No os desayunais con nosotros?
Van. Gracias, señora Condesa.
Alm. Beberemos á la salud de tu hijo.
Van. Sabeis que he jurado no beber mas que agua... esto se refiere á una historia que ignorais.
Alm. Y has cumplido tu juramento?
Van. Para eso lo hice. Volveré á despedirme de vos. (*á Kercadec que se encuentra en su camino.*) A lo largo, dormilon.
Ker. Que terremoto es este viejo Mambrú!
Alm. Dile al caballero que venga. (*á Kercadec.*)
Ker. Uf! Siempre andando! No le dejan á uno descansar! (*sale.*)
Alm. (*á la Condesa que se vá á retirar.*) Permaneced, señora, y os ruego que adopteis un aspecto agradable para recibir al caballero de Servieres. Por razones que os esplicaré, quiero que encuentre la mejor acojida... Pero aqui está.

ESCENA X.

Dichos, Servieres.

Alm. Llegad, amigo mio.
Ser. (*saludando.*) Señora, permitid que me felicite por el honor que se me concede.
Con. Sed muy bien venido á la casa de vuestros amigos.
Ser. (Casa estraña! Las facciones de esta muger no me son desconocidas.)
Alm. El caballero, que gusta mucho de viajar, sabiendo yo que estaba en la Habana, ha venido aqui á invitacion mia, si señora; (*movimiento de la Condesa.*) ya es tiempo de que os participe todas mis ideas; y primeramente oid las obligaciones en que estoy para con este caballero; hace diez y ocho años que nos encontramos en la Isla de Menorca, á donde él habia ido á restablecer su fortuna; yo no era entonces mas que capitan, y habiendo trabado combate con un corsario, fui herido en el pecho; trasportado á tierra, en ella me hubiera quedado, sin la habilidad de este caballero...
Con. Cómo? fué...
Alm. Quien salvó á vuestro futuro marido, porque poseia grandes conocimientos en cirujía.
Ser. Acababa de adquirir algunos estudios, y me consideré muy feliz empleándolos...
Alm. Desde entonces data nuestra amistad, la cual nos hemos jurado...
Ser. Por tierra y por mar.
Alm. Mi proyecto es el siguiente: El caballero es un noble de un raro mérito, de un nombre ilustre y de una fortuna considerable; y pues que quiere la felicidad que esté aun soltero, he resuelto hacerle mi sobrino.
Con. Vuestro sobrino?
Alm. Le casaré con nuestra sobrina Clotilde.
Con. Me permitireis que antes consulte su opinion.
Alm. Ah! olvidaba deciros, que aqui son las mugeres las que gobiernan. Mi hermana ha confiado á esta señora la tutela de su hija, de modo que es á la Condesa á quien debeis hacer la corte.
Ser. Si mi profundo respeto, señora, y el deseo de entrar en una familia tan distinguida os pareciesen títulos suficientes...
Con. Ya los teneis á nuestro reconocimiento.
Alm. Ved al momento á Clotilde y terminemos prontamente este negocio.
Con. Sin dar tiempo para conocerse?
Alm. Señora, apenas nos conocimos nosotros cuando nos casamos hace quince años!.. (*bajo.*) Quereis hacerme creer que no me habeis amado nunca?..
Con. Caballero!
Alm. Vamos, yo abono á nuestro amigo, y en favor de este casamiento añado doscientas mil libras, á los cien mil escudos que posee mi sobrina.
Ser. (Quinientas mil libras!) Creo inútil deciros, señora, que vuestra sobrina me ha parecido encantadora.
Alm. Aqui llega justamente.

ESCENA XI.

Los mismos, Clotilde.

Clo. Tia! (*sale corriendo y se detiene.*) Ah!
Con. Qué querias, hija mia?
Clo. Venia... venia á buscar la labor que he dejado aqui.
Ser. Estaba solicitando, señorita, el honor de seros presentado, y vuestra señora tia podrá deciros que este momento es uno de los mas felices de mi vida.
Clo. Caballero!
Alm. Basta de cumplimientos! Con ellos se echa á perder á las mugeres. Voy á revelarle el negocio tal como es.
Ser. Por favor! (*deteniéndole.*)
Alm. No lo quereis? Bueno! Os dejo con vuestra sobrina y volveremos pronto.
Ser. (Cuanto mas examino á la Condesa, mas creo recordar... Ah! esto no es posible!)
Alm. (*yéndose.*) Dadme el brazo, amigo mio, y hablad-me un poco de ese diablo de pirata que os ha inquietado por el camino... me entran unas ganas de cazarlo... (*salen hablando.*)

ESCENA XII.

Clotilde, La Condesa.

Clo. Por fin estamos solas; mi tio me intimida siempre, y en cuanto á ese caballero... un desconocido... esto incomoda siempre.
Con. Se llama el caballero de Servieres y hace diez y ocho años que salvó la vida al señor de Saint-Renant.
Clo. Defendiéndole?
Con. No, curándole.
Clo. Ah! es médico.

Con. En ocasiones solamente. Qué piensas de él?
Clo. Nada... es decir, si; pienso todo lo bien posible, puesto que es vuestro amigo y el salvador de mi tio.
Con. Pero de su persona, de su esterior...
Clo. No le he mirado.
Con. Qué dirias, hija mia, si ese caballero hubiese venido aqui para solicitarte en matrimonio?
Clo. A mi?
Con. Si yo estuviese encargada de prevenírtelo...
Clo. (*vivamente.*) Oh! yo no quiero casarme, y tal vez como á vos tratarán de obligarme...
Con. Clotilde!..
Clo. No, yo no podré amar á ese hombre! jamás!
Con. Que exaltacion!

ESCENA XIII.

Los mismos, Eduardo, Kercadec.

Edu. Eso no es posible! (*á Kercadec entrando por la izquierda.*)
Ker. Yo lo he visto desde el bosquecillo, en donde estaba echado cuando ellos pasaron... Hablaban del casamiento de la señorita Clotilde.
Edu. De su casamiento!
Clo. Eduardo! (*viéndole.*)
Edu. Señora, venia... (*adelantándose.*) venia á buscar mi cartera de dibujo que he olvidado aqui.
Con. Como tú, que habias dejado tu labor? (*á Clotilde que queda confusa.*) Conque esta mañana dibujabais?
Clo. Este punto de vista.
Ker. Cabales! Con el Júpiter... (*ap.; se acerca de puntillas á la mesa y coge los dibujos.*) (Si se parecerá mi retrato durmiendo?)
Con. En efecto... este paisage es admirable al salir el sol...
Ker. Cátalo aqui, señora Condesa. (*presentando la cartera.*)
Edu. Kercadec! (*con rapidez, queriendo coger el dibujo.*)
Con. Dejadme á mi... (*tomándolo.*)
Ker. Veremos si me ha hecho favor.
Con. Clotilde!.. el retrato de Clotilde! (*mirando el dibujo.*)
Clo. Mi retrato!
Ker. Cáscaras!
Con. Salid! (*á Kercadec.*)
Ker. Con mucho gusto! (Haberme estado dos horas echado... no merecia la pena de cansarme... Y ahora «vete!» no le dejan á uno descansar!) (*sale.*)

ESCENA XIV.

Eduardo, La Condesa, Clotilde.

Con. Caballero Eduardo, qué significa?
Edu. Sabeis mi secreto, señora.
Con. Un secreto que me ocultabais?..
Edu. A vos, como á mi mismo.
Con. Consiento en creeros, pero Clotilde debió mostrarse mas reservada...
Clo. Sabeis, tia, la causa de todo este cambio? Ese desgraciado casamiento que vá á robarme toda la felicidad.
Edu. Qué es lo que decis?
Con. Eduardo!.. La culpa es toda mia, que no he velado lo bastante para preservaros de una inclinacion que generalmente hace la desgracia de la vida!..
Edu. La desgracia!
Con. Reflexionadlo, Eduardo! Medid bien la distancia que os separa de Clotilde...
Edu. Señora, por eso abrigo aspiraciones locas; deseo adquirir un nombre y una fortuna para ofrecerlos á Clotilde...
Con. Pero hasta tanto...
Clo. Hasta tanto impedid que me una á ese estrangero, cuya presencia nada mas me causa miedo.
Con. Bien... nada ofrezco, pero mi voto está de vuestra parte... Retírate, Clotilde...
Clo. Abrazadme, tia... (*la abraza.*) no; mejor diré madre mia. Adios, Eduardo. (*sale.*)
Con. Eduardo, espero de vuestra lealtad que huireis la presencia de Clotilde; guardaos de escitar en el corazon de esta niña un cariño peligroso para su tranquilidad... y mas tarde... veremos...
Edu. Señora... una palabra vuestra es una órden sagrada. (*se inclina y sale.*)
Con. Debi preveerlo!.. Este amor es puro y santo como ellos!.. Ah! no quiero que seas desgraciada, Clotilde; no quiero que sufras lo que he sufrido, y para evitarte todas esas lágrimas... Ah! aqui están!

ESCENA XV.

La Condesa, Almirante, Servieres.

Ser. (*en el fondo, mirando al lado por donde sale Eduardo.*) Quién será ese jóven que estaba aqui con la condesa?
Alm. Llegad, querido... que diablo! Abanzais como un recluta al primer fuego! Mirad! La entrevista está ya terminada... y es buena señal!.. Señora Condesa, es negocio terminado?... Cuándo celebramos la boda?
Con. Siento mucho que este caballero venga en persona á saber la respuesta... Clotilde no piensa en tomar estado.
Ser. En ese caso...
Alm. No temais, amigo mio; las muchachas empiezan siempre por hacerse las remilgadas... la daremos dos dias, y si no comprende su felicidad, la sabremos obligar...
Con. Obligarla! Eso nunca, caballero!
Alm. Qué quiere decir?..
Con. Os admira y os hiere esta firmeza?
Alm. En efecto, es la primera vez...
Con. En todo lo que me corresponda me hallareis siempre pronta á obedeceros, pero en tratándose de Clotilde!... juré á vuestra hermana en su lecho de muerte hacer á su hija tan feliz como si el cielo mismo me la hubiese dado. Cumpliré el juramento, y haré valer mis derechos contra todo el mundo..... contra vos mismo!
Alm. Querreis obligarme á que rompiendo por todo...
Ser. Calmaos, señor Almirante; vuestra esposa tiene razon; no permita Dios que yo abuse de vuestra amistad para obligar á una joven que me inspira tanto respeto como amor; á pesar mio, señora, se han dado estos pasos tan bruscamente... permitidme al menos que espere merecer con el tiempo la buena voluntad de la señorita Clotilde.
Con. Hablais como un caballero.
Ser. No guardo rencor, y para probároslo... el señor Conde me habia convidado á almorzar. . me quedo.
Con. Rayais en la mas alta galanteria. (*han traido una mesa servida.*)
Ser. (Es de la Condesa de quien todo depende!.. Sabré si es ella! . Dios lo quiera, y entonces la obligaré á servirme.)
Alm. Vamos á la mesa; está advertida vuestra sobrina?
Con. Se halla algo indispuesta.
Alm. Gazmoñerias! En cuanto á Eduardo, no le esperaremos...

Ser. Quién es ese caballero?
Alm. Mi secretario; un joven de mucho mérito que está á mi lado hace dos años...
Ser. Ah. (El que he visto hace poco.)
Alm. Me ocupo con él de coordinar mis memorias... Ya vereis, ya vereis ciertas acciones brillantes de mi juventud... Ay! Esto me recuerda la edad que tengo... Se me clavan en las piernas mil millones de puntas de alfileres.. maldita gota! (*los convidados se han sentado en el orden siguiente: la condesa á la derecha del público, Servieres á la izquierda y el Almirante entre los dos, frente al público.*)
Ser. Si ejerciese todavia, os ofreceria mis servicios, pero he olvidado mi profesion en estos veinte años.
Con. Viviais en Francia?
Ser. Si señora, en Bretaña, en los alrededores de Lorient.
Con. (De Lorient!)
Alm. En ese caso debeis conocer todo ese pais?
Ser. Perfectamente. Recuerdo una aventura muy estraña que me sucedió pocos dias antes de mi salida del continente.
Alm. Contádnosla; sabed, señora, que este caballero posee una porcion de anécdotas muy picantes.
Ser. Creo que esta os ha de interesar mucho. Condesa, quereis favorecerme con una taza de té. (*la Condesa le vierte té.*)
Alm. Gracias! (*á quien ella tambien ofrece té.*) Yo no estoy ni por el agua caliente, ni por el agua fria!.. Málaga y Rom! Venga la historia!
Ser. Como os lo he dicho, (*bebiendo té á pequeños sorbos, observando á la Condesa.*) vivia entonces junto á Lorient... una noche que dormia profundamente, á pesar del tiempo asaz tempestuoso, fui despertado por una piedrecilla lanzada contra mis cristales; abri el balcon y distingui un hombre que me suplicaba que me vistiese con apresuramiento y que bajase. Sin salir de mi sorpresa fui al lado de aquel estraño, cuyo rostro medio ocultaba con un pañuelo... un carruage nos esperaba al lado del camino, me hizo subir con él y partimos; la noche era tan oscura, que no se distinguian mas que masas confusas de árboles y rocas. Por el camino, me habló el desconocido vagamente; y como un hombre muy agitado, de su amor á una joven de alta condicion... confiada á los cuidados de una parienta... Habia logrado verla secretamente y ser amado de ella; en fin, la habia traido á aquel pais para ocultar á los ojos de todos, las consecuencias de su pasion imprudente...
Con. (Dios mio!)
Ser. Señora Condesa, si esta relacion os desagrada...
Alm. No, no: continuad.
Ser. Al cabo de una hora de camino, el carruage se detuvo; los dos bajamos; y siguiendo una senda tortuosa por enmedio de rocas, dimos de repente en una puertecilla cuya llave guardaba mi guia. Este me hizo entrar en un jardin que atravesamos en silencio; por fin abrió la puerta de un pabellon, débilmente alumbrado, en el que una joven velada y recostada en un lecho de dolor, estaba próxima á ser madre.
Con. (Ah!.. era él! (*ap, y muy turbada.*)
Ser. Señora Condesa, quereis servirme otra taza de té? (*la Condesa le sirve.*)
Alm. Como tiembla vuestra mano, querida amiga.
Con. Si... no sé á que atribuirlo...
Ser. Eso es nervioso.,. (*tomando la tetera y sirviéndose.*) no os molesteis.
Alm. Continuad, caballero.
Ser. Por ultimo, la joven dió á luz un niño, y yo fui vuelto á mi morada con las mismas precauciones.
Alm. Sin haber sabido quién era la joven?
Ser. La vi perfectamente!
Con. (Ah!)
Ser. Su velo se alzó un momento, y sus facciones quedaron tan marcadas en mi memoria, que la reconoceré en cualesquiera parte que la vea.
Con. (Cielos! dadme fuerzas para no venderme!)
Alm. Y no habeis vuelto á ver al heroe de la intriga, al desconocido?
Ser. Una vez, antes de mi partida; pero supe despues que habia tenido un fin deplorable.
Alm. Cómo?
Ser. Me aseguraron... que pasando una noche por las montañas; habia perecido de una muerte violenta.
Con. (Ah!)
Alm. Y sabeis qué ha sido de esa muger?
Ser. (*observando á la Condesa.*) Por una casualidad bien estraordinaria la he encontrado... adivinad en dónde.
Alm. No acierto.
Ser. En nuestras colonias. (*mirando siempre á la condesa, cuya turbacion crece por instantes, y la cual se ha levantado involuntariamente y como fuera de si.*)
Alm. Cómo? Aqui? En la Martinica?
Ser. No... en la Habana... (*la condesa vuelve á caer en su asiento.*) En la Habana, en donde se ha casado con un hombre de los mas considerados.
Alm. Que tal vez ignorará esa aventura?
Ser. Es posible...
Alm. Pues bien, esa es una traicion que yo llamo cobarde y odiosa... y si se pudiese perdonar un crimen, creo que tendria mas bien una escusa para la muger que engaña á su marido durante el matrimonio.
Con. Caballero...
Alm. (*con fuerza.*) Si señora, la una puede ser culpable por pasion, la otra friamente y por cálculo.
Con. (*muy turbada.*) Alguna veces hay motivos...
Alm. (*con ira.*) Motivos para abusar de la confianza de un hombre honrado? No señora, no, voto al diablo! Y si yo hubiese sido engañado de esa manera, y me lo digesen, aun cuando fuese al cabo de veinte años, juro por Dios vivo que mataria á la hipócrita, sin piedad.
Con. (Desgraciada!)
Ser. Volvamos á mi aventura. Aqui, mi querido Almirante, las cosas no podian ser tan trágicas, porque la tranquilidad del marido estaba asegurada; no quedaba ninguna huella de lo pasado... al menos deberia creerse asi... pues el niño, fruto de este misterioso amor, confiado primero por mi á los cuidados de una aldeana, murió por consecuencia de un accidente; de suerte que la madre ahora al abrigo de toda inquietud...
Alm. Pero no veis? La condesa está á punto de ponerse mala...
Ser. Señora... (*corriendo á su lado.*)
Con. Señores!.. (*separándose de él y levantándose con esfuerzo.*) Quién no se conmoveria con semejante relacion? Un pobre niño abandonado desde su nacimiento!.. Entregado á manos estrañas... y muriendo miserablemente y sin haber conocido las caricias de su madre!.. Ah! Esto es horrible! (*se cubre el rostro con las manos.*)
Ser. Señora condesa, mi dolor es grande... Tralaba de interesaros, y os he inspirado tristeza... casi espanto. Soy muy desgraciado..... pero concededme que os acompañe á vuestra habitacion. (*toma la mano de la Condesa y la acompaña hasta su habitacion; bajo.*) (Necesito hablaros, señora!)

Con. (Cielos!)
Ser. (Esta noche, en San Vicente!) Tendré mucho honor en volveros á ver.
Con. (Madre de Dios!) (*saliendo despues de haber mirado á Servieres.*)

ESCENA XVI.

El Almirante, Servieres, Eduardo.

Alm. Ah! No me hableis de las mugeres nerviosas! Por nada lloran como chiquillos.
Edu. Señor Conde!
Alm. Qué quereis, Eduardo?
Ser. (*lo examina, diciendo ap.*) Eduardo? Este es el secretario en cuestion.
Edu. El comandante del crucero á quien habeis hecho llamar, está ahi.
Alm. Venid, caballero de Servieres; le dareis las noticias mas exactas acerca del atrevido pirata que ha osado atacar un buque francés.
Ser. Soy vuestro, señor almirante. (*mira tosiendo á Eduardo, el cual le devuelve su mirada despreciativa; despues sale con el Almirante.*)

ESCENA XVII.

Eduardo, *despues* Clotilde.

Edu. (*siguiéndole con la vista.*) Es el caballero de Servieres, ese rival que viene á arrebatarme lo que es para mi mas querido en el mundo; á su vista siento indignarse mi corazon!
Clo. (*saliendo del cuarto de su tia.*) Qué ha pasado, Eduardo? Mi tia ha entrado en su cuarto pálida, anegada en llanto...
Edu. No lo sé... llego en este momento.
Clo. He querido arrojarme en sus brazos, pero me ha rechazado gritando con desesperacion: «Estoy en el mundo solo para sufrir!» Despues algunas palabras sin consecuencia me han hecho presentir la pérdida de nuestras esperanzas.
Edu. Debia esperarlo asi! Quién soy yo para entrar en lucha con el caballero de Servieres; si el hijo de un marinero ha merecido vuestra deferencia, el Almirante no olvidará la distancia que nos separa, y vuestra tia tambien...
Clo. No dudeis de ella, Eduardo.
Edu. Conozco que soy un ingrato, y por evitarla el menor disgusto, haré lo que el deber me ordena.
Clo. No hareis nada que pueda desagradarla... (*le tiende la mano, que Eduardo lleva á sus labios.*)
Van. Bravo! (*entrando.*) Una vela en el horizonte!
Clo. Ah! (*huye.*)

ESCENA XVIII.

Van-Broust, Eduardo.

Edu. Padre mio!
Van. Si, tu padre, que arriba en mala hora, segun parece.
Edu. No creais...
Van. Voto vá! Yo creo en lo que veo. No necesito anteojo para señalar la corbetilla que se larga viento en popa; y en cuanto al pabellon, Dios mio! Le he reconocido muy bien y es malo para ti, grumetillo, muy malo.
Edu. Qué decis?
Van. Si, fuego en Barrabás! La sobrina de mi Almirante! Si á otro hubiese visto atentar á la honra de su bienechor...
Edu. Deteneos, padre mio! Es verdad que amo á la señorita Clotilde, pero este amor es tan puro como el corazon de quien me lo inspira! Dios y la señora Condesa lo saben!
Van. La Condesa conoce tu amor?
Edu. Y no lo ha condenado; pero el Almirante lo ignora, porque todos mis esfuerzos se estrellarian contra su voluntad de hierro.
Van. Es probable. Por el pronto nada tienes para llegar á ser alguna cosa; pero como dispones de mas talento que ese viejo gruñon, con valor y paciencia zarparás en el puerto sin embarrancarte.
Edu. Padre mio, dejadme partir con vos.
Van. Partir! Cómo?
Edu. Como simple marinero.
Van. Tú estás loco? Despues de lo que he sufrido por ti, esponerte á las tempestades y á los cañonazos?
Edu. Os lo suplico, padre mio.
Van. Y yo te ordeno que no pienses mas en ello. Tengo otra idea... que diablos!.. Cuando se ha atacado á los enemigos mas respetables, cuando se ha bombardeado á los corsarios y se ha echado al harpon á las ballenas, puede intentarse clavar el anclote sobre..... no te digo mas que esto... abrázame; valor y nada de tonterias. Tu padre está de guardia, arrolla tu cabo y déjame á mi: á Dios, grumetillo; saluda á tu patron!
Edu. Adios, padre mio! (*se abrazan con efusion y se separan.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon en la casa del caballero de Servieres. Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

Kercadet, *tendido en un canapé.*

Por fin, ya tengo un negro!.. Al ponerme al servicio del caballero de Servieres, el Almirante me ha agregado un subalterno, á eleccion, entre los negros de la plantacion, y he tomado al mas vigoroso, á Manguito, de cuyas cualidades estoy encantado!.. Solamente que le falta la costumbre... le dejé hace poco al lado de mi comida, y el tonto se la embaulú toda, y cuando le manifesté mi sorpresa, me dijo, rechinando sus grandes dientes blancos: «Buen neguito, comerse la comida del buen amo... bien bueno, ah! Bien buena comida la del buen amo...» Y me he visto obligado á comerme la del buen negro, que por cierto estaba bien mala; asi, pues, para corregir á Manguito de estas equivocaciones, vengo de proporcionarme un manual de educacion. (*muestra un látigo.*) Esto... Uf! Lo malo que tiene es que pesa mucho y como aqui no le dejan á uno tiempo para descansar... Que idea ha tenido el Almirante de agregarme al servicio de este cara de Lucifer, y conmigo cuatro ó cinco mas que están á mis órdenes! (*Servieres entra en escena sin ser visto.*) En primer lugar, ese caballero de Servieres es muy feo, tiene un aire tan raro... nunca me acostumbraria á ese hombre... y despues me hace el efecto de un ladron, de un avaro... Ha visto todo lo que he trabajado hoy... pues ni siquiera ha tenido corazon para decirme: «Pobrecito Kercadet, debes estar muy rendido! Es verdad que lo estoy, cara de mico. Ahi tengo un ron de la Jamaica. Es verdad, y por cierto que sabe muy bien. Quieres echar un párrafo con él? No desco otra cosa, señor mico.

ESCENA II.

KERCADEC, SERVIERES.

SER. (*que ha ido al armario por una botella y vaso.*) Ni yo tampoco, amigo Kercadec.
KER. (*sentándose de un salto.*) Señor mio Jesucristo!
SER. (*ofreciéndole el vaso.*) Bebamos á vuestra salud, caballero Kercadec.
KER. A la vuestra, cara de... Señor caballero... (*gusta el rom.*)
SER. Os parece bastante añejo?
KER. Si, creo que ha vivido bastante... (Que sabroso!) (*bebe.*) (Es el mismo que yo conozco.)
SER. Ya veis que no soy tan pícaro como parezco.
KER. (Me ha oido!) Quién se ha atrevido á calumniaros? Que venga y yo...
SER. Bien, bien... consagraos á mi, y todo se arreglará.
KER. Si es cosa de andar... estoy tan cansado...
SER. Solo quiero que hableis.
KER. Entonces, bueno... nunca tengo cansada la lengua.
SER. Necesito conocer á los que rodean al gobernador; quién es ese joven? Ese secretario?..
KER. El señor Eduardo? Es un chico de mérito...
SER. Me han dicho que hace mucho tiempo que vive en el fuerte.
KER. Tan pronto en el fuerte, tan pronto aqui... Sus libros, sus dibujos y sus armas están aun en la pieza (*señala á la derecha.*) inmediata. El es quien vigila la plantacion.
SER. Y sin duda se muestra amable con esas damas?
KER. Con todo el mundo... escepto conmigo... si vierais la que me ha jugado!.. Figuraos que bajo el pretesto de hacer mi retrato, me puso de planton.
SER. Y qué?
KER. Mientras que yo me prestaba con la mejor fé del mundo, sabeis lo que hacia? Perfilaba á la señorita Clotilde.
SER. (Ah! Empiezo á comprender...) Y qué pasa ahora en la casa del gobernador?
KER. Desde que llegasteis todo está patas arriba. La señora Condesa se ha encerrado para llorar á solas; la señorita Clotilde llora delante de todo el mundo, y el señor Eduardo corria como un loco por el jardin mientras que su padre corria detrás de él llamándole.
SER. Su padre?.. Quién?
KER. Van-Broust, un marinero holandés, francés, hotentote, qué sé yo! Un hombre de todos los paises, puesto que no tiene ninguno. El pobre se quedó como una estátua murmurando entre dientes: «Decir que por ese pícaro amor se le ha vuelto el juicio!»
SER. Y despues?
KER. Despues fue en busca del Almirante.
SER. Ese hombre tendrá influencia con él?
KER. Ya sabeis... de marino á marino... Que cansado estoy.
SER. (Bueno es saberlo... Será preciso conocer á ese hombre.) Corre al puerto á buscar los efectos que me faltan.
KER. Yo! Que yo corra con mi propia persona?
SER. Alerta y despachémonos. (*con rudeza.*)
KER. (Como ha cambiado de tono!) (*levantándose.*)
SER. Estas ahi?
KER. Ya voy. (No le dejan á uno descansar... Llevaré á Manguito y á los otros.) (*sale.*)

ESCENA III.

SERVIERES, *solo.*

El padre tambien se mezcla en proteger este amor!.. Bien! Sostendré la lucha contra todo el mundo, áun cuando sea necesario recurrir á los medios últimos.... En dónde estaria yo ahora, sin la casualidad que me ha hecho dueño de un secreto, del que depende el honor y la vida de una muger! Ya era tiempo!.. (*sacando una cartera de un cajon.*) Errante de colonia en colonia para escapar á mis acreedores, y como no tenia mas para sostener mi nombre, mi lujo, en fin toda una existencia prestada, que una treintena de mil libras sustraida con harta pena... Felizmente poseo otro tesoro. (*muestra la cartera.*) He aqui la estraña fortuna! Estos papeles que habia tomado como retazos sin ningun valor, han venido á ser títulos inestimables!... Es una recomendacion omnipotente á mi demanda de matrimonio; es un talisman que me valdrá vuestra sumision, señora condesa... Ella que se mostraba tan orgullosa esta mañana, ahora la veo temblorosa, escapándose furtivamente á la habitacion conyugal, temiendo marcar sus pasos, y encaminándose hácia el que detesta, porque se vé obligada á obedecerme... Qué venga! Pero qué es lo que estoy diciendo? Me parece que olvido mi papel de galante caballero... Vamos á su encuentro... No quiero asustarla antes de tiem... (*se dispone á salir y entra al mismo tiempo Kercadec.*)

ESCENA IV.

SERVIERES, KERCADEC.

SER. Estás aqui todavia? No has ido al puerto?
KER. Paciencia, señor Servieres, sois muy vivo; era necesario subir los equipages... despues se irá á buscar los otros... que es preciso descansar.
SER. Concluye, porque quiero estar solo! Entiendes?... Que no te encuentre aqui. (*vase.*)
KER. Que tragin, Dios mio... No le dejan á uno descansar. Entrad. (*yendo á la puerta.*)

ESCENA V.

KERCADEC, *algunos* NEGROS. *Los negros entran trayendo maletas y baules.*

KER. (*sentado y mirándolos.*) Uf!... Es insufrible, esto de subir equipages asi! Oh! Ay! Ay!... No puedo mas. No me habeis comprendido (*viendolos sentarse sobre lo que conducen frente á él.*) holgazanes? Hay que llevar esos bultos al otro lado. (*señalando la izquierda; los negros rien fuerte.*) Manguito?
MAN. Amo de mi, bien buto!
KER. Que dices? (Si hablará conmigo?)
MAN. Bien buto! bien gande buto! amo de mi.
KER. Que horror! Como no comprende el valor de las palabras..... Manguito, vas á llevar esos bultos allá dentro.
MAN. Yo, no obedecer al amo... Amo obedecer á mi!
KER. Si?... Vamos á verlo, canalla. Ves este juguete? (*enseñando el látigo.*) ah! ah! es para Manguito.
MAN. Para yo Manguito? (*coge el látigo y lo hace sonar.*)
KER. Que te pierdes!
MAN. Bincad... Bincad! amo de mi...
KER. (*saltando para huir.*) Estúpido! que me faltas al respeto... socorro!

ESCENA VI.

Los mismos, EDUARDO.

EDU. Qué es esto, Kercadec?
KER. Llegais á tiempo. (*los negros al ver á Eduardo*

arrojan el látigo, retroceden vivamente y llevan los fardos al cuarto izquierda.)

Edu. Qué ha pasado?

Ker. Mi negro, Manguito, que se atrevia... Si no llegais acaba esto mal, porque con mi genio feroz...

Edu. Oye... El caballero de Servieres, ha salido?

Ker. Creo que no tardará; me ha dicho que queria estar solo. (*viendo salir á los negros.*) Habeis acabado, perillanes? Fuera canallas, y otra vez, sed mas comedidos, ó sinó... ejem! Señor Eduardo... (*saludando; Manguito le dá un puntapié.*) Oh!! pasa delante... Asi es preciso tratar á estos pícaros!... No le dejan á uno descansar!... (*sale detras de los negros.*)

ESCENA VII.

Eduardo.

Si, mi resolucion está tomada... quiero hablarle con calma y con franqueza... Si es un verdadero caballero, me entenderá, y si por el contrario, no acepta, entonces... Vienen... Qué veo? La condesa con él!... Oh!... que no me vea aqui. (*entra en la derecha.*)

ESCENA VIII.

Servieres, La Condesa.

Ser. (*entrando delante y mirando en rededor.*) Han partido ya! venid, señora Condesa. (*entra la condesa pálida y agitada.*) Tranquilizaos, que nadie nos ha visto... sentaos... pareceis conmovida...

Con. Es verdad. (*sentándose.*)

Ser. Os pido mil perdones, (*dulcemente.*) por la molestia que os causo... pero me precisaba hablaros á solas. Habeis comprendido la impaciencia de mis deseos animados por el señor de Saint-Renant... No he podido ver las gracias de la señorita Clotilde, sin sentirme presa de la mas viva pasion.

Con. Caballero!

Ser. Y como sois vos, vos sola la que disponeis de su suerte, y desgraciadamente yo no he merecido aun toda vuestra confianza, recurro á los medios posibles para desarmar vuestras prevenciones contra mi.

Con. Caballero, dignaos escucharme... Desde ayer solamente, tengo el honor de conoceros... Vuestras maneras son las de un hombre de mundo... vuestro lenguaje revela un corazon leal y generoso... Pero, caballero, mi sobrina es huérfana; no tiene á nadie mas que á mi en el mundo; y yo respondo de su felicidad, á Dios, y á la memoria de su madre.

Ser. Estamos de acuerdo; su felicidad es mi único objeto.

Con. Pero sed justo; esa niña que apenas os conoce, es posible que pueda amaros?

Ser. Yo no la pido su amor, señora.

Con. Pues qué quereis?

Ser. Su consentimiento... El vuestro... Mas tarde, mi ternura, sabrá vencer su frialdad... Vos sois quien debo ayudarme, á menos que no reserveis vuestra proteccion para algun otro mas afortunado pretendiente...

Con. Y si fuese cierto!... (*suplicante.*) podriais acriminarme? Esta mañana aun ignoraba vuestro nombre... mi marido nada me habia prevenido... me creia libre para disponer de mi sobrina, y elegir el hombre que habia de labrar su felicidad...

Ser. (*cambiando de tono y levantándose.*) Ah! jugamos, segun parece, á cartas descubiertas? Sea en buen hora, y acepto la partida. Precisamente me iba incomodando este tono de dulzura!

Con. Dios mio! Qué quereis decir?

Ser. Que esta mañana me habeis comprendido perfectamente; que mi narracion ha despertado vuestros recuerdos, y que la muger de que he hablado... la heroina de una aventura misteriosa... erais vos, señora, si, vos!

Con. Caballero!

Ser. Espero que no me desmentireis; ni esa semejanza, ni esa turbacion que os ha vendido, ni ese nombre de Amelia con que habeis firmado vuestras cartas.....

Con. Mis cartas...

Ser. Si, las que le habeis escrito... á él.

Con. Cielos!...

Ser. Las tengo todas...

Con. Vos?...

Ser. Yo. Oh! es muy bueno guardar.

Con. No es posible!.. Esas cartas no existen.

Ser. Vedlas. (*enseñándoselas.*)

Con. Dios mio! Pero como han venido á vuestras manos?

Ser. El desventurado... de quien yo era amigo... me las habia confiado en depósito, antes de emprender el viage en que halló la muerte.

Con. Infeliz!

Ser. Ahora estas son armas terribles... son las pruebas de una falta.....

Con. Caballero, yo era libre cuando las he escrito.

Ser. Es verdad; pero el misterio que hicisteis al casaros...

Con. Ah! Crei morir de verguenza y de desesperacion! Veinte veces estuve pronta á huir ó hablar. En vano me arrastré á los pies de mi padre. quien, para ocultar mi deshonra y asegurarme un rico casamiento, no temió emplear la fuerza; si, caballero, la fuerza; y cuando á pesar de tanta violencia me vió el mismo dia pronta á confesarlo todo, cojió un arma y ante mi, ante su hija! amenazó darse la muerte, si no juraba sepultar este secreto en mi seno. Despues!... olvidando este espantoso juramento, hubiera declarado este secreto á mi marido... pero, me ha faltado el valor... porque, tal confesion, era mi sentencia de muerte.

Ser. Y lo seria en la actualidad... no lo dudeis!

Con. Oh caballero, esas cartas que vistas por mi marido, destruirian la dicha del hombre que llamais vuestro amigo, es preciso aniquilarlas ó devolvérmelas.

Ser. Volvéroslas?... Cómo no? Pues si esa es mi intencion...

Con. Ah! sois generoso; teneis piedad de lo que he sufrido, gracias, gracias...

Ser. Si, señora, tened confianza en el afecto de vuestro sobrino.

Con. Cómo? Qué decis?

Ser. Que todas estas cartas estarán á vuestra disposicion el dia de mi casamiento.

Con. Ah! seriais capaz de abusar?...

Ser. El amor hace capaz de todo.

Con. El amor!

Ser. Y bien, comparad lo poco que se os pide, con lo mucho que se os ofrece... Si os perdeis... y para esto bastan tres lineas enseñadas al caballero de Saint-Renant, como protegereis á vuestra sobrina? Si por el contrario, escuchais la razon, anunciais á la señorita Clotilde que este casamiento está irrevocablemente decidido... llorará... eso desde luego... despues... se resignará... alejais un rival, que no quiero conocer, y por fin de cuentas, dais á la joven un marido que vale tanto como cualquiera; por mi parte, en firmando el contrato, entrego á mi buena tia un depósito que parece inquietarla; concluyen las penas para ella, se

acaba mi desesperacion; se borran todos los recuerdos, el pasado no existe, y vivimos juntos, siendo los mejores amigos del mundo... Qué tal? Estais ya persuadida?

Con. Caballero!.. (*suplicante.*)

Ser. Es mi ultimatum. (*con tono seco.*)

Con. Nunca!.. Nunca!.. (*irguiéndose.*)

Ser. Cómo?

Con. Sacrificar yo la felicidad de esa jóven y el corazon leal del que es amado, á mi miserable existencia! Yo, cuya vida es un largo suplicio, me someteria ante vuestras amenazas! Tendria el remordimiento de condenar á la desesperacion á los que amo, á aquellos cuya suerte me está confiada!.. No, caballero, no, me avergüenzo de haber venido aqui, y me sublevo contra semejante tirania!.. Sea, caballero... podeis perdedme, pero os desafio á que me envilezcais á mis propios ojos, y á mi vez os digo que no perderé á mi sobrina, sacrificándola á un miserable como vos. (*vase.*)

ESCENA IX.

Servieres; *despues* Eduardo.

Ser. Qué santa cólera! (*guardando las cartas en la cartera.*) Paciencia! Cuando tenga el peligro cerca, y se vea á merced mia, sola... sin apoyo... sin proteccion... (*vá á salir.*)

Edu. Atrás, cobarde! (*cortándole el paso.*)

Ser. Señor secretario! (*retrocediendo.*)

Edu. La suerte ha hecho caer en vuestras manos una correspondencia, que puede perder á la Condesa, y os servis de ella como de una amenaza?

Ser. Qué es lo que quereis?..

Edu. Haceros renunciar á tan vergonzoso proyecto...

Ser. E igualmente al casamiento; no es cierto? Oh! Comprendo vuestra virtuosa indignacion... Bien jugado, jóven; no sois torpe!

Edu. Qué quereis decir?

Ser. No me habian informado mal.. sois el protegido de la tia y de la sobrina... La dote es bastante considerable y...

Edu. Miserable! (*con fuerza.*)

Ser. Con dulzura, jóven, no nos arrebatemos.

Edu. Bien.. pero tratad de comprenderme; no es un rival quien os habla en este momento, es el defensor de una generosa muger.... que no puede esperar otro recurso.

Ser. Y venis en su nombre amenazándome con un duelo?.. Por desgracia, señor secretario, yo no me dejo intimidar... no me bato.

Edu. Qué no os batis?

Ser. La partida no es igual... yo soy rico y vos pobre; no teneis nombre, y yo soy noble... no me bato con vos...

Edu. Bien decia yo que erais un cobarde.

Ser. Injurias!.. salid.

Edu. Todavia no. (*cierra la puerta.*)

Ser. Pero qué quereis?

Edu. Vais á saberlo... He venido aqui para apelar á vuestro honor... esto era ridículo, no es cierto? Traia la intencion de proponeros un duelo si no segundabais mis deseos... pero despues de oiros tengo una satisfaccion en que no le acepteis, porque creo en efecto que la partida no es igual, y que un infame como vos no es digno de un combate leal.

Ser. Entonces, qué venis á hacer?

Edu. A recobrar esas cartas de grado ó por fuerza.

Ser. Tengo curiosidad de saber como las recobrareis.

Edu. (*sacando una pistola.*) Si no me las entregais al momento, os abraso el corazon!

Ser. Desgraciado!

Edu. Creeis que se puede impunemente atacar la honra de una muger, cortar la existencia de otra y hallarse libre despues diciendo á su defensor: No me bato!.. No! No! La perfidia y la traicion son vuestras armas. He aqui las mias. Y no creais que se trata de una simple amenaza; no tengo á nadie en el mundo y no temo mas que por los que amo; conque no os movais, ni trateis de huir: porque al menor movimiento, os mato.

Ser. (Diablo! Esto es serio!.. Y nadie por aqui que acuda á mi socorro. Si pudiese...)

Edu. Acabemos!

Ser. Un momento. (Y me matará como lo dice! Resignémonos... pues me resta una esperanza.) (*sacando la cartera que presenta á Eduardo.*) No es posible luchar con vos. Tomad, tomad esas temibles cartas... devolvedlás á la Condesa de Saint-Renant... La mano de su sobrina será el premio de tan valerosa conducta.

Edu. (*tomándolas.*) Dios es testigo, de que no he procedido de este modo por mi! Adios, caballero.

Ser. No, no; quedaos, caballero Eduardo... Yo soy quien debe abandonar el campo... Os devuelvo este pabellon que ocupabais antes que yo, asi como todos los derechos que vine á disputaros.

Edu. Como querais.

Ser. Comprendo que mi posicion en la familia... no es muy cómoda... por lo tanto, mañana recibiré una carta urgente que me llamará á la Habana, y naturalmente os vereis libre de un rival.

Edu. Qué?

Ser. Mi primera diligencia es ir á impedir que traigan mi equipage. Sed feliz!.. jóven... Sed feliz! (*vase.*)

ESCENA X.

Eduardo *solo.*

He salvado á la Condesa! Qué dicha poderla devolver estas cartas!.. Apresurémonos... (*deteniéndose.*) Pero cómo decirla que sé su secreto? Voy á obligarla á avergonzarse ante mi? Oh! no! Qué idea! Si, esta! (*toma el paquete de cartas de la cartera y se sienta ante la mesa despues de meter la cartera en su bolsillo.*) Algunas lineas sin firma podrán hacerla saber que un fiel amigo se ha hecho dueño de estas cartas para volvérselas, y que ya no tiene nada que temer... El paquete cerrado la será entregado por un hombre seguro... (*durante las últimas palabras ha cerrado y sellado la carta.*) Gente viene! Cielos! El Almirante con ella. (*oculta vivamente el paquete de cartas.*)

ESCENA XI.

Eduardo, El Almirante, La Condesa.

Alm. Cómo? No hay nadie que anuncie mi visita? Eduardo! Yo buscándoos en todas las habitaciones...

Con. (Eduardo aqui!)

Edu. Si, en efecto... (*turbado.*)

Alm. Qué haciais aqui?

Edu. Habia venido... paseando...

Alm. Como mi muger, á quien he encontrado á corta distancia, y he hecho volver conmigo para ver si falta algo á nuestro huesped. Dónde está el caballero?..

Edu. Lo ignoro... no... no le he visto...

Alm. Qué diablos teneis, querido? Os noto un aire tan singular.

Con. No es estraño; casi le habeis reprendido...

Alm. Es posible... tenia tal impaciencia de verle para anunciarle una gran noticia...

Edu. Una noticia!
Alm. Si, pardiez! Que os importa mucho, señor ambicioso... He pedido al ministro un nombramiento, para vos, de intendente de la colonia y acabo de recibirlo.
Edu. Cuanta bondad! Como podré pagaros!
Alm. Continuando como hasta aqui!
Con. (Ya no nos dejareis! (*á él.*) Y pronto tal vez tendreis otra esperanza.)
Edu. Señora!
Alm. Por fin, ya está aqui!

ESCENA XII.

Los mismos, Servieres, *Marineros, Negros, Criados.*

Ser. Rodead la casa, vigilad todas las salidas!
Alm. Qué es eso? Qué es lo que pasa?
Ser. Ah! sois vos, Almirante? Iba á enviaros á buscar.. No es solamente un amigo el que os habla, es un habitante de la colonia que pide justicia y proteccion á su primer magistrado, al gobernador.
Con. (Qué dice?)
Alm. Justicia y proteccion!.. Esplicaos!
Edu. (Qué significa?)
Ser. Hace un momento que se ha cometido un robo en mi casa.
Alm. Un robo!
Edu. (Miserable!...)
Ser. Sentado junto á mi ventana, y agoviado por el calor del dia, me habia dormido. Un hombre introduciéndose en mi cuarto, me ha sustraido una cartera que contiene treinta mil libras en títulos al portador.
Alm. Es el primer hecho de este género que conozco.... pero no perdereis nada, caballero! Encontraremos al culpable; y si por ventura le pudieseis conocer...
Ser. Le conozco...
Alm. Nombradle; qué os detiene?
Ser. El temor de afligiros.
Alm. Me interesa acaso el culpable?..
Ser. Demasiado... á vos y á la señora Condesa.
Alm. No importa... Aquí soy magistrado y nunca he tenido piedad de los criminales. Hablad, quién es?
Ser. Vedle ahi. (*designando á Eduardo.*)
Edu. Yo!
Alm. Eduardo!
Con. Imposible!
Ser. Lo mismo decia yo, señora, y desmentiria el testimonio de mis propios ojos, si todos los presentes no le hubiesen visto introducirse por la escalera secreta. Preguntad... (*todos los asistentes á la escena hacen señal de asentimiento.*)
Alm. Y eso qué prueba? Qué objeto os ha traido al cuarto del caballero de Servieres?
Edu. No puedo decirlo.
Alm. Esa palidez... esa turbacion... Hablad! Decid á ese hombre que ha mentido...
Con. Eduardo, esplicaos... yo os lo ruego.
Edu. Vos, señora?
Con. Si... yo... (Y ella tambien!) (*á él.*)
Edu. Ah! No puedo.
Ser. Hay un medio muy fácil de probar la inocencia del señor Eduardo; esos valores, si los tiene, deben estar aun en sus bolsillos!.. Permitid solamente que se cercioren.. Yo me remito á esa prueba.
Edu. (Comprendo!.. desea las cartas para perder á la condesa.)
Ser. Sois magistrado y no podeis rechazar mi peticion. (*al Almirante.*)
Edu. (Gran Dios! van á ver las cartas!) Señor conde, evitad esta humillacion.
Alm. Registradle! (*hace una señal á los negros.*)
Edu. Una vez que es preciso... (*saca la cartera.*) aqui está la cartera. Nada contiene... Y en cuanto á las treinta mil libras...
Alm. Están aqui! (*abriendo la cartera.*)
Edu. Era cierto!
Con. Ah!
Ser. (Logré mi venganza!)
Alm. Eduardo Van-Broust; daos á prision!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO.

Un salon del castillo de Saint-Renant, puertas al fondo y laterales. Bugias sobre la mesa de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

La Condesa *y* Clotilde; *Clotilde escucha en la puerta del gabinete derecha. La Condesa entra pensativa, llega al centro de la escena y vé á Clotilde.*

Con. Clotilde!
Clo. Mi tia!.. (*asustada.*)
Con. Qué haces ahi?
Clo. Deseaba saber si el señor Eduardo estaba aun en el gabinete de mi tio.
Con. No, hija mia, ha sido llevado al pabellon.
Clo. Arrestado?
Con. Si, arrestado, y ahora, aun cuando tu tio quisiese, no podria sustraerle á la accion de la ley.
Clo. Pero él no es culpable, tia, no puede serlo.
Con. Plegue á Dios que pueda probar su inocencia!
Clo. Dudas de ello?
Con. No sé! Hay momentos en que digo como tú; no es posible que un jóven tan noble y tan leal, haya siquiera concebido la idea de tan vergonzosa accion!...
Clo. Oh! Nunca.
Con. Pero, cuando pienso en su turbacion y en sus palabras vagas, justamente en el momento en que tenia en su poder los valores sustraidos...
Clo. Detestando como detesta al señor de Servieres, comprendo que en su cólera le hubiese provocado; pero robarle bajamente, nunca. Es tal mi confianza, que aun cuando lo hubiese visto, diria... mis ojos me han engañado, no es posible que sea él.
Con. Pobre niña! (*abrazándola con entusiasmo.*)

ESCENA II.

Los mismos, el Almirante, *despues* Kercadec.

Alm. Continuan vuestras lágrimas, señora?.. Y tambien vos, señorita?.. Eh! Que diablo; no las merece. Kercadec?.. Kercadec?..
Ker. Mi Almirante? (*entrando.*)
Alm. Dame la respuesta.
Ker. Qué respuesta?
Alm. Estúpido! La de los magistrados de la colonia. Acabarás de mirarme, asi, como un imbécil?..
Ker. Dios me libre de miraros como tal... no me permito...
Alm. No te he dado una carta?
Ker. Si, Almirante.
Alm. Para invitar al procurador do San Pedro á que venga á hacerse cargo del preso?
Clo. (Tan pronto!)
Alm. Y bien, esa carta?..
Ker. Aqui está, mi Almirante... no se ha perdido!
Alm. Pero no la has llevado?

KER. Mi Almirante, como me mandasteis ensillar un caballo...
ALM. Y qué?
KER. Hice que le ensillase mi negro, que es mas pesado que un plomo... y el animal está pronto... pero...
ALM. Pero qué?
KER. Yo no sé montar encima.
ALM. Pues marcha á pié.
KER. A pié?
ALM. En seguida; al momento.
KER. Dios mio! Aqui se han propuesto no dejarme descansar!..
CON. (*bajo á Kereadec.*) No te apresures.
KER. Que rayo de luz!
ALM. Kereadec! (*á Kereadec.*)
KER. Voy allá, Almirante... si voy... No iré, señora Condesa! (*bajo á la Condesa.*) (Con eso descanso!) (*vase.*)
ALM. (*á la Condesa.*) Ha vuelto el hombre que fue en busca de Van-Broust?
CON. Todavia no.
ALM. Pobre viejo!.. Cuál será su pena al saber... Eh! pardiez... y yo?.. Esto me traspasa el corazon...
CRIA. Señor Almirante, aqui está el contramaestre Van-Broust!
ALM. Que entre... y vos, señora, dejadnos!
CON. Ah!.. Amigo mio! (*á Van-Broust que entra; la Condesa y Clotilde se alejan dirigiendo una mirada de conmiseracion hácia Van-Broust.*)

ESCENA III.

El Almirante y Van-Broust.

VAN. Qué tiene la señora Condesa? La encuentro mas triste que lo de costumbre.
ALM. No es estraño.
VAN. Y vos tambien, Almirante, pareceis de peor humor.
ALM. Puede ser.
VAN. (Comprendo... Habrá habido tempestad... y aun resuena el trueno.)
ALM. (Pobre diablo! Si no sé como decírselo!)
VAN. Acaso mi tardanza os habrá incomodado? Que quereis... cuando voy al puerto!.. Ya es sabido... pero en fin, heme aqui á la órden, mi Almirante.
ALM. Nadie te ha dicho aun nada?
VAN. Qué quereis que me digan? Ocurre algo que me interese?
ALM. Si, ven acá, mi antiguo, mi valiente camarada.
VAN. Almirante, vuestro tono dulce me indica que teneis que revelarme alguna mala noticia... con tal de que no concierna al chico!
ALM. Justamente se trata de tu hijo.
VAN. Eh? Ah! Diablo! Ya veo la causa... Lo sabeis todo y estais furioso...
ALM. Cómo? Sabias ya...
VAN. Si... se le ha escapado su secreto... ya le he reprendido... pero qué quereis? . Tambien es culpa vuestra.
ALM. Culpa mia?
VAN. Claro! Un gallardo joven, y una linda niña... se les deja juntos... y luego una vez herido el corazon... Es cierto que él debia tener en cuenta que no es un amor cualquiera el de la sobrina del Almirante!
ALM. Es posible? Qué dices?
VAN. Pero ya sabeis que el marino Van-Broust no juega con el honor... Escuchad, Almirante, yo me le llevaré durante algun tiempo, y quien sabe, Dios mediante, podrá distinguirse, hacer fortuna y volver en fin digno de ella!..
ALM. Desgraciado, qué me revelas!.. Y en qué momento! El, enamorado de mi sobrina! Y yo ignoraba...
VAN. Lo ignorabais! Pues entonces, qué teneis, qué ha pasado? Oh! Dios mio! Le habrá sucedido alguna desgracia? Si es asi, decidmelo en seguida... veamos... Se ha roto un brazo? Una pierna?.. acaso... habrá muerto?
ALM. Diantre! Mas valiera que asi fuera.
VAN. Me haceis temblar! A mi que no he temblado jamás!.. Decis que valiera mas que hubiese muerto?... Qué ha sucedido?.. Es alguna cosa espantosa?
ALM. Si, tú lo has dicho... espantosa! Porque tu hijo, mi pobre Van-Broust, sea que la ambicion, el afan de enriquecerse, ó que ese amor de que ha poco hablabas, le haya vuelto el juicio, ó todo esto reunido, tu Eduardo ha cometido una accion vergonzosa.
VAN. El!
ALM. Un crimen... el mas cobarde de todos... un... un robo.
VAN. Eh?.. Qué decis?
ALM. Digo que tu hijo ha robado una cartera que contenia treinta mil libras.
VAN. No es cierto.
ALM. No es posible dudar, Van-Broust!... Se ha encontrado sobre él la suma robada.
VAN. Os digo que no es cierto.
ALM. Pero si estaba yo alli y lo he visto.
VAN. Os han hecho creer que lo veiais; no teneis muy clara la vista.
ALM. Pero diantre! Te repito que estaba yo alli, cuando el miserable ha confesado el robo.
VAN. Quién?
ALM. Tu hijo.
VAN. El no ha confesado.
ALM. Mil bombas! (*exasperado.*) Es capaz de exasperar... (*en voz baja.*) Y si yo te digese lo que nadie sabe!.. que estaba armado para cometer un crimen?
VAN. Armado?
ALM. Uno de mis criados ha encontrado en el camino que conduce al cuarto de la persona robada, una pistola que habia arrojado al huir, y que he reconocido perfectamente... ahi está en ese secreter... cargada aun... Me creerás ahora?
VAN. Es falso.
ALM. Desgraciado! Das un mentis á tu Almirante?
VAN. Aqui no hay Almirante que valga!.. Arrestadme, arrojadme al mar, colgadme del palo mayor de un navio... descuartizadme si quereis... para todo teneis derecho; pero aquel que llame á mi hijo miserable ladron, en mi presencia, Almirante ó rey, le diré que ha mentido.
ALM. Ah! (*levantando su baston.*) Agradece á que recuerdo tus servicios, y sobre todo, á que comprendo cuanto debes sufrir en este momento.
VAN. No, Almirante, no podeis comprenderlo!
ALM. Crees qué soy una barra de hierro, y que no hay aqui corazon? Te engañas... Yo amo á tu hijo... por él he hecho lo que nunca hice por mi... he solicitado... y cuando he recibido el aviso de su nombramiento como intendente de la colonia, he esperimentado mas satisfaccion que si me hubiese nombrado el rey, gran Almirante de Francia.
VAN. Es posible!.. Mi Eduardo, intendente de la colonia!..
ALM. Y justamente al comunicarle esta noticia..... al abrirle carrera á su ambicion, destruia el desgraciado su porvenir, cubriéndose asi como á su anciano padre de un oprobio eterno, por una accion que puede llevarle á galeras!

Van. Basta, Almirante, basta... volveis á intimidarme, y no tengo suficiente valor para desmentiros.. Lo que hace un instante sentia, no era dolor... no... era rabia... porque os veia acalorado y me consta que cuando estais asi, no sabeis lo que decis... pero ahora que acabais de hablarme con dulzura... y que veo, como, á pesar de vuestro carácter, amais al muchacho... lo que por él habeis hecho... y en fin, cosas que prueban... ahora digo... digo que es preciso que esteis perfectamente convencido del hecho.. para que... para que le llameis miserable. (*las lágrimas le sofocan.*) Dispensad... Almirante... no hagais caso... á pesar mio...

Alm. Eh! Mil truenos!.. No hay que avergonzarse... puesto que yo mismo, si fuese posible que un Almirante... pero no, diantre! No lo merece.

Van. Eso es preciso saberlo... y lo sabré... si... no es posible... Aqui hay algun misterio que yo lo averiguaré. (*coge su sombrero y se dirige á la puerta.*)

Alm. A dónde vas?

Van. Voy á verle; necesito que me diga la verdad... y me la dirá... Dónde está?

Alm. Encerrado en la sala del pabellon, esperando que le conduzcan á la prision del fuerte.

Van. El! Mi Eduardo! Conducido á prision?

Alm. Mañana de madrugada... á menos que antes halle medios de probar su inocencia.

Van. (*despues de un momento de silencio y con solemnidad.*) No será necesario llevarle á la prision, Almirante.

Alm. Por qué?

Van. Porque, como habeis dicho hace un instante, inocente... saldrá libre.

Alm. Y culpable?

Van. Muerto!

Alm. Te comprendo... en tu lugar haria lo mismo... quédate aqui: voy á enviártele. (*va á salir, llega á la puerta, se detiene, vuelve y dá una llave á Van-Broust.*)

Van. Qué es esto?

Alm. La llave de mi secreter... Alli encontrarás lo que es preciso. (*vase.*)

ESCENA IV.

Van-Broust, *yendo al secreter.*

Si... ahi... esa pistola de que se ha armado. Aqui es tá!.. (*abriendo.*) Ah!.. Dios mio!.. Es preciso creer!.. Y bien, qué decia el Almirante? Que le mataria sin pestañear!.. Y yo tambien lo he dicho... y lo haré..... Si, tendré valor... es preciso... pero mi mano temblará tal vez... porque no puedo olvidar que durante veinte años... ese joven ha sido mi gloria! Mi orgullo!.. Y Dios sabe si he cumplido el voto que hice de no vivir sino para él!.. No importa... cumplirás con tu deber, Van-Broust... si no puede justificarse de tan abominable accion, le arrancarás á la infamia..... es el último sacrificio que le debes... Despues podrás ir á morir donde quiera el destino... Aqui está, Dios mio!.. Estoy temblando! Valor, Van-Broust!

ESCENA V.

Van-Broust y Eduardo; *Eduardo llega conducido por dos hombres que quedan fuera. La puerta se cierra.*

Edu. Padre mio! Necesitaba verte!.. Pero... por qué tienes ese aire sombrio?

Van. No lo adivinas? Acabo de ver al Almirante. Sospechas lo que me habrá dicho?

Edu. Que me han encontrado una cartera con treinta mil libras?

Van Lo cuál no es cierto?

Edu. Si, es cierto...

Van. Desgraciado!.. (*levantando la pistola.*) Sabes que esta pistola es la que llevabas... porque estabas armado?

Edu. Si.

Van. Dios me perdone!.. Conque tú lo confiesas? Confiesas haber robado?

Edu. No... porque no es verdad.

Van. No es verdad?

Edu. Tambien lo habeis creido!..

Van. No.... no... Eduardo, acércate. Puedes mirarme cara á cara y darme la mano, repitiendo... sin temblar... lo que acabas de decir? «Padre, yo no he robado esas treinta mil libras.» Di, puedes?

Edu. Si! Por la memoria de mi pobre madre, que está en el cielo, te lo juró, estoy inocente!

Van. Ah! (*tirando lejos de si la pistola.*) Hijo mio!... Me perdonas, di, me perdonas?

Edu. Padre mio! (*se abrazan.*)

Van. Pero cómo diablos ha sido tener en tu poder la suma sin haberla tomado?

Edu. Te lo diré, si quieres hacerme un juramento; sé que estos son muy sagrados para ti!

Van. Es que... jurar... asi... antes de saber...

Edu. Entonces, á Dios.

Van. No. Dimelo todo... y te juro que será como si no supiese nada.

Edu. Padre mio, ese hombre, el caballero de Servieres, mi rival, que ha venido para casarse con la señorita Clotilde, tenia en su poder varias cartas escritas por... una noble y generosa muger, y con las cuales habia prometido perderla.

Van. Es un filibustero ese infame!

Edu. Quise hacerme dueño de esas cartas; me las ha entregado, pero la cartera que las contenia, guardaba tambien treinta mil libras...

Van. Lo cuál tu ignorabas?.. Y por eso el miserable te ha denunciado como ladron? Oh! Ya está aclarado... Qué placer! Ya estás libre... No hay mas que ir á decirselo á todo el mundo, y gritar bien alto.. mi Eduardo es inocente.

Edu. Padre!

Van. Pero no! No es preciso que yo intervenga; ello de por si se aclarará... Los magistrados tendrán las pruebas?

Edu. Esas cartas las tengo yo.

Van. Cómo?

Edu. La justicia no ha hecho mas que apoderarse de los valores que buscaba; pero de un momento á otro pueden llevarme á las prisiones, y entonces el registro será mas escrupuloso... Aqui están las cartas.... (*sacando un paquete del bolsillo.*) Guárdamelas hasta que pueda volverlas á quien pertenecen; sobre todo, no las enseñes á nadie, y si es preciso, destrúyelas antes que deshacerte de ellas.

Van. Guardarlas... destruirlas... sin enseñarlas... sin esplicar... (*teniendo el paquete.*)

Edu. Padre, lo has jurado...

Van. He jurado! Es cierto... pero yo no sabia... escucha, Eduardo, todo esto es bello y bueno; pero y si el miserable persiste ante los jueces en sostener su acusacion, cómo probarás tu inocencia?

Edu. Obligado á prestar juramento ante la justicia, no se atreverá...

Van. Si lo prestará!.. Un juramento para esas gentes, no es sagrado como...

Edu. Como para ti.
Van. Si... yo he... diablo de juramento! pero se trata de tu dicha... y bien vale la pena de quebrantarle.
Edu. Nunca á precio de la honra de otro, ó de sus dias tal vez.
Van. Ah! tu amas á esa muger?
Edu. La venero hasta el punto de sacrificarla mi vida. Si, creeme, si no tuviese otro medio de evitar una esplicacion, me mataria... he dado mi palabra... Ya ves que no puedo volverte la tuya.
Van. Sea... no te hablaré mas... afortunadamente me asalta una idea; estate tranquilo.
Edu. Lo estoy. A Dios.
Van. Me dejas?
Edu. Puede venir el Almirante, y no quisiera hallarle, porque no sabria qué responder á sus preguntas. A Dios, padre mio... y buena esperanza!
Van. Si, la tendré; porque esta vida es como un bagel en una tempestad... el viento lo desarbola, las ondas lo azotan y casi llega á sumergirlo... Se lucha... se eleva una plegaria al supremo Hacedor, aparece una estrella y el bagel está salvo! (*se abrazan y Eduardo sale.*) A Dios.

ESCENA VI.

Van-Broust *solo.*

Van. Digno y valiente joven! Decir que se dejaria deshonrar, por tener demasiado honor... y yo tambien... si no fuese por ese respeto imbécil que á pesar mio tengo á una palabra dada... arrancada mas bien... en fin, no importa... el secreto está aqui sujeto y nadie podrá arrancármele (*mostrando el pecho.*)

ESCENA VII.

La Condesa, *el* Almirante *y* Van-Broust.

Alm. Le has visto? Le has dejado volver al pabellon?
Van. Si.
Alm. Has obtenido esplicaciones satisfactorias?
Van. Mas que eso; pruebas de su inocencia!
Alm. Deseo conocerlas.
Van. Lo siento, pero no puedo decir ni enseñar nada á nadie...
Alm. Por qué?
Van. Porque he prometido la reserva.
Con. (Cielos!)
Alm. Y crees que la justicia se vá á contentar con tu palabra?
Van. No; pero tengo un medio de arreglarlo todo... uno famoso, y voy...
Alm. Cuál es ese medio?
Van. Ir á buscar al infame embustero, y estrangularle si no se retracta.
Alm. Cómo? De quién hablas, y á quién llamas infame embustero?
Van. A quién? A vuestro caballero Servieres!
Alm. Te prohibo tratar asi á un noble que es amigo mio.
Van. Amigo vuestro ó no, y aunque sea mas noble que el rey, digo que es un embustero!
Alm. Van-Broust!
Van. (*animandose.*) Si; y si supieseis como yo, lo que ha hecho, no le llamariais amigo vuestro.
Alm. Tú no sabes nada absolutamente.
Van. Sé lo bastante para repetir que es un miserable! (*animándose cada vez mas.*)
Alm. Pardiez! A ti te hacen creer cuanto se quiere.
Van. (*id.*) Pues y á vos?.. Que tomais la defensa de un infame!
Alm. El infame lo es quien roba á otros para enriquecerse.
Van. (*fuera de si.*) Y al que escamotea la correspondencia de una pobre muger y quiere servirse de ella para perderla... cómo le llamais?
Con. (Que oigo, Dios mio!)
Alm. Cómo? Quién ha hecho eso?
Van. Rayos y truenos! (*lo mismo.*) vuestro caballero! Y el que salva el honor de la desgraciada muger, obligando al vil á devolverle las cartas, es un infame?.. Y le llamareis ladron, porque en la misma cartera, el traidor habia deslizado dinero, que sin duda habria escamoteado como las cartas?
Con. (Era por mi!)
Alm. Estoy escuchando la invencion de una historia.
Van. No inventada!.. cierta! Tengo las pruebas.
Alm. Tienes esas cartas?
Van. Si.
Alm. Veamos...
Van. Oh! no... no... y mi secreto?.. He prometido...
Alm. Pero una vez que acabas de decirlo todo...
Van. Yo, he dicho... ah! es cierto, con mil diablos!... mas la culpa es vuestra... Ya se vé... me acalorais... tratando de infame, de ladron á ese bravo mozo... yo no puedo oir esto con sangre fria... mi cabeza se trastorna... y hablo... hablo... tanto peor para vos, porque pesará sobre vuestra conciencia.
Alm. Bien! pero habiendo empezado, acaba y enseñame esas cartas.
Van. En cuanto á eso, no, nunca. Es lo único que me queda de mi secreto, y lo guardaré como depósito confiado á mi honor.
Alm. Absurdo honor!
Van. No lo dudo; pero Eduardo tendria derecho á maldecirme, si fuese tan cobarde que comprometiese e honor de una muger, cuando él aventura su vida po salvarla.
Con. (Noble corazon!)
Alm. Si no haces caso de mi, pregunta á la Condesa; ella te dirá si tengo razon... Vamos, señora, hablad.
Con, Si, señor Van-Broust... (*esforzándose.*) si... debeis escuchar al señor Conde... si la persona que ha escrito esas cartas.. sea cual sea la falta... ó la desgracia... que pueda revelar... si esa persona ha conservado... algun sentimiento de honor... no aceptará... no es posible que acepte el sacrificio heróico de vuestro hijo, aun cuando esa revelacion debiera costarle el reposo... la vida misma... Seguid los consejos... del señor Conde. Dadle, dadle esas cartas...
Alm. Ves?
Van. Señora Condesa, si es tambien vuestro parecer... (*saca el paquete de su bolsillo.*)
Con. (Ahora, Dios mio, tened piedad de mi.)
Van. (Eh? qué tiene? (*ap. notando su turbacion.*) Esa palidez... se pone mala... (*la Condesa hace seña de que calle.*) Ah! comprendo... que imbécil era!..
Alm. Vamos! No te decides?
Van. Estoy decidido!
Alm. Gracias al cielo!
Van. Decidido á sostener mi palabra. (*retirando las cartas.*)
Alm. Pues bien, yo, tu almirante y gobernador, te mando me entregues esos papeles... si no quieres que te obligue por fuerza.
Van. Si?.. que vengan á buscarlos aqui. (*los quema en la chimenea.*)
Con. Ah!
Alm. Qué haces, desgraciado?
Van. Lo que he prometido... Destruirlos antes que entregarlos.
Alm. Ah! me desafias... tu tambien... te ligas á los de

mas para engañarme? Porque en todo esto hay un misterio... un complot que quiero descubrir!.. Qué aventura es esa? ¿Cuál es el nombre de esa muger?.. Cómo Eduardo, que no conocia á Servieres, ha sabido que era poseedor de esas cartas? Ah!.. yo aclararé... quiero ver á Servieres... él me esplicará... y desgraciados de los que se hayan burlado de mi. (*vase.*)

ESCENA VIII.

VAN-BROUST, LA CONDESA.

VAN. Tranquilizaos, señora Condesa, ese infame Servieres se guardará bien de confesar su infamia; no pretendia vengarse mas que de Eduardo, y esplicando el hecho, perderia su venganza.

CON. Y aun cuando él calle, puedo yo guardar silencio y dejar recaer una odiosa sospecha sobre vuestro noble y generoso hijo?... No, no, Van-Broust; hablaré... diré todo...

VAN. Pero qué será de vos, señora? Si estalla la bomba conozco á mi almirante... él que razona tan bien para los demás, no tendrá mas razon que la de un furioso! Verá en esas cartas mas de lo que habia, puesto que para mí una muger cual vos no puede ser culpable!...

CON. No, Van-Broust, no, lo juro, nunca he faltado á mis deberes de esposa... mi falta, mi sola falta, es haber aceptado su mano cuando no podia pertenecer mas que al recuerdo del que ya no existe.

VAN. Qué decis?

CON. Oh! Aquel era hombre de honor... cuando supo que la falta no podia ser ocultada, se ocupó del medio de repararla... pero, oh! Dios no lo permitió!.. La víspera del dia en que debia partir para reunirse con mi padre, murió asesinado entre los peñascos que conducen de Lorient á Vannes.

VAN. Asesinado en los peñascos de Vannes! En qué época, señora? Sabeis el dia?

CON. Si, porque hace veinte años que esa fecha fatal, me persigue sin cesar.

VAN. Veinte años?... No fue el 20 de octubre de 1763?

CON. Cómo? Sabeis?..

VAN. El nombre, señora, el nombre de ese desgraciado jóven?

CON. El conde Leon de Esgriñy.

VAN. Leon de Esgriñy! Justo cielo!

CON. Le habeis conocido?.. Dónde? Cómo? En qué circunstancias?

VAN. Le vi en el momento en que acababa de ser herido por un cobarde asesino... En mis brazos dió el último suspiro.

CON. Ah! Van-Broust!

VAN. Vagaba yo fugitivo por entre los peñascos, cuando pasé por el sitio en que el desgraciado jóven acababa de ser herido.

CON. Pobre Leon!

VAN. Al ruido que hice huyó el asesino... La pobre víctima iba á espirar, pero haciendo un esfuerzo... «Escuchadme, me dijo, y prometedme cumplir mi última voluntad... Se lo prometi... Entonces me dijo... lo que tal vez ignorareis, señora, que acababan de robarle la suma de 200,000 libras que llevaba consigo y que destinaba para su hijo... el vuestro!

CON. Mi hijo!

VAN. Si, antes de embarcarse, queria asegurar la suerte de este niño; habia querido ser acompañado de un miserable á quien confió su proyecto, y este fue el infame que le clavó el puñal en el corazon.

CON. Desgraciado!... Tan generoso designio causó su muerte, sin salvar á su pobre hijo de la miseria y de la muerte tambien!

VAN. Qué decis, señora?.. Vuestro hijo!..

CON. Pereció ahogado en el mar con la desgraciada muger á quien Esgriñy lo habia confiado!

VAN. Quién os lo ha dicho?

CON. Un pariente que, durante mi larga enfermedad... Porque la desesperacion me habia vuelto loca, no cesó de indagar para descubrir su paradero. Supo que la muger de un pescador, habiéndose dormido á orillas del mar, teniendo á mi hijo en sus brazos, habia sido sorprendida por la marea que la habia absorvido con la pobre criatura.

VAN. Os han engañado, señora...

CON. Sabeis entonces qué ha sido de mi hijo?

VAN. Lo sé, señora... Pero vos... vos... no teneis ninguna sospecha?

CON. Existe?

VAN. Yo habia hecho un juramento sagrada, habia prometido al conde criar á su hijo.

CON. Vos.... vos.... Entonces es?... Oh! Dios mio!... Eduardo?

VAN. Si, si: Eduardo es vuestro hijo!

CON. Ah!.. Dios me lo habia dicho! (*se pone de rodillas, despues toma las manos á Van-Broust y las besa con efusion.*)

VAN. Qué haceis?

CON. Dejadme dar gracias á su salvador, despues de Dios!.. Dejadme besar estas manos que han ganado para mi hijo el pan de cada dia.

VAN. Yo no he hecho mas que cumplir un juramento; y además, he tenido mi recompensa... Qué es lo que me ha sostenido? Quién me ha dado valor durante veinte años? El! ese jóven, mi sola dicha, mi solo consuelo en el mundo?

CON. Y nunca le habeis revelado la triste suerte de su padre?

VAN. A qué, señora? No podia llevar el nombre de Esgriñy, y yo ignoraba el vuestro... porque en el momento en que el Conde iba á nombraros, la sangre le ahogó y entregó su alma á Dios.

CON. Ahora es preciso que lo sepa todo; conducidme... Quiero abrazar á mi hijo!

VAN. Y el Almirante?

CON. Le diré la verdad.

VAN. Os matará entonces!

CON. Que me importa! Moriré abrazando á mi hijo.

VAN. Y querreis tambien que muera Eduardo?

CON. Que muera él?

VAN. Revelando su nacimiento, atraeis sobre él la cólera del Almirante!

CON. Cielos! hijo mio!

VAN. Esa palabra en vuestra boca seria su sentencia de muerte.

CON. Ah! me helais de espanto! Si, en sus furiosos celos, el Conde es capaz de todo... pero entonces... como sustraerlo á esa infame acusacion?..

VAN. Silencio, señora... oigo la voz del Almirante... En nombre del cielo... en nombre de vuestro hijo... dominad vuestra emocion!...

ESCENA IX.

Los mismos, EL ALMIRANTE *y el* CABALLERO DE SERVIERES.

ALM. Pardiez, no he tenido precision de ir muy lejos... el caballero venia aqui, lo cual me contenta, porque me place mas hablarle en tu presencia, y en la de tú hijo... Voy á ordenar que venga. (*vá al fondo, dá algunas órdenes y sale al instante.*)

Ser. (Diablo!.. mejor me seria hablar antes con la Condesa.)
Van. Quién es este hombre? (*bajo á la Condesa, despues de haber parecido herido por un recuerdo á la vista de Servieres, y que no ha cesado de mirarle.*)
Con. El Caballero de Servieres. (*id*)
Van. El!.. ah!.. mil truenos!.. (*id.*) Valor, señora Condesa, ese miserable es quien debe temblar ante nosotros?
Con. Por qué?
Van. Porque ese hombre es el asesino del Conde de Esgriñy.
Con. Ah! (*lanzando un grito de espanto.*)
Van. Mauricio Verdier! (*acercándose á Servieres, bajo.*)
Ser. Qué?.. Ese nombre... (*balbuciente.*)
Van. Es el tuyo.
Ser. Quién os ha dicho?..
Van. Ya lo sabrás; alega un pretesto para salir y corre á la orilla del mar, junto á la capilla de los náufragos... allí iré á buscarte.
Ser. Pero no sé si...
Van. Irás, Mauricio Verdier!
Ser. Iré...
Alm. Venid, Eduardo. (*reapareciendo.*)
Con. Eduardo! (*lanzándose al foro.*)
Van. Silencio, señora! (*hace señas á Servieres para que le siga.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO,

Peñascos. En el fondo la mar.

ESCENA PRIMERA.

Kercadec, *aparece en una barca acostado tranquilamente. Un negro con un remo hace abanzar la barca.*

Alto! bien... ya hemos llegado... Uf... esto es insufrible.. hacerme remar como un presidiario! No le dejan á uno descansar!.. (*salta en tierra y mira en torno suyo.*) Aquí es donde me ha dicho la señora Condesa que espere... No veo á nadie... mejor!.. con eso tendré tiempo de acostarme un poquito... pero veo allí... si... viene acompañada del señorito Eduardo! Bendito Dios, ya está libre!

ESCENA II.

La Condesa, Eduardo, Kercadec.

Edu. Qué felicidad! Apenas me atrevo á creer... vos mi madre..
Con. Calla!¦Has seguido mis instrucciones? (*á Kercadec.*)
Ker. Al pie de la letra, señora Condesa.
Con. Cuándo se dá á la vela ese buque?
Ker. Dentro de una hora, á la subida de la marea
Con. Paseate por las rocas á lo largo de la costa... haciendo como que cazas para que nadie sospeche... No tienes armas en la barca?
Ker. Si señora.
Con. Pues coge una escopeta... y vete... Ya te llamaré cuando sea tiempo.
Ker. Bueno.:. heme aqui convertido en cazador. Tu! (*al negro que está en la barca.*) Perlimplimplim! Sigueme, llevando mi escopeta.
Con. No, no.. él á su puesto, y tú al tuyo... vé y observa bien.
Ker. Bueno!.. Nada!.. se han propuesto que no descanse! (*pasa la escopeta de una mano á otra y concluye por servirse de ella como de un baston.*) Ajaja! Ya encontré el medio de que me sea útil... vamos á la caza! (*sale cantando por la izquierda; la barca desaparece detrás de las rocas.*)

ESCENA III.

La Condesa, Eduardo.

Edu. Ah! madre mia! He comprendido bien? Sois vos quien me ha dado libertad? Cuál es vuestro objeto?
Con. Salvarte, Eduardo; todo está preparado para tu fuga.
Edu. Huir!
Con. Durante tantos años al lado de mi hijo, sin saberlo... y hoy que puedo estrecharle entre mis brazos es preciso separarnos!
Edu. Y por qué ha ser necesaria esa separacion?
Con. Tu vida es demasiado preciosa para mi; por eso quiero que partas al instante; he mandado buscar á Van-Broust que irá contigo y velará por tí. Deseo ponerte al abrigo de las iras del conde!
Edu. Os comprendo, madre mia; cuando yo parta confesareis todo para justificarme, atraereis sobre vos la venganza del Almirante... os sacrificareis por mi... y querreis que lo consienta? No, madre... nunca!
Con. Escucha, Eduardo.
Edu. No insistais, os lo ruego. Mientras yo esté aqui no os atrevereis á revelar nada, temiendo perderme con vos... Me quedo! si, me quedo para defenderos.
Con. Tal vez dentro de una hora vendrán á buscarte para que vayas ante los magistrados.
Edu. Iré!
Con. Cruel! quieres reducirme á la desesperacion? Escucha... Vienen... mi marido, tal vez... Ah! estamos perdidos... No, es Van-Broust.

ESCENA IV.

Los mismos, Van-Broust.

Van. Qué veo? Vos aqui, señora condesa?
Con. Con mi hijo.
Edu. Si, Van-Broust!.. (*en los brazos de su madre.*)
Van. Lo sabes todo?.. Perdonad que os tutee... pero la costumbre de llamarte... de llamaros... en los primeros dias será difícil corregirme.
Edu. No lo intentes... padre mio, yo te lo ruego... llámame siempre hijo tuyo... porque siempre lo seré.
Van. Gracias, Eduardo, gracias... esa palabra me paga todo cuanto he hecho por ti; y si tuviese tiempo de responderte... Pero veo allá abajo una fragata y adivino vuestra intencion; señora, quereis hacerle partir.
Con. Y él se niega, Van-Broust.
Edu. Huir de la justicia! Yo, que soy inocente!
Van. Tiene razon; y á mas, por ahora no es tan urgente.
Con. Cómo?
Van. Qué dirias si fuese posible salvarte sin que huyas?
Con. Esplicaos!
Van. Imposible... justamente apercibo un hombre, que es preciso no os vea... eh! pronto; (*se ve á Servieres en lo alto del peñasco.*) veis allá abajo la capilla de los náufragos?.. Id á esperar allí con vuestro hijo... y rogad á Dios me saque con bien de mi empresa.
Con. Ven, hijo mio, ven conmigo. (*salen por la izquierda.*)
Van. Ya era tiempo. (*se oculta un momento.*)

ESCENA V.

SERVIERES, *llegando por la derecha; se le ha visto descender de roca en roca.*

Este es el sitio... Parece que llego el primero á la cita. (*se sienta en una piedra.*) Qué tendrá que decirme ese hombre? Cuando ha pronunciado el nombre de Mauricio Verdier, me he estremecido á pesar mio... Cómo ha podido saber?.. él... Van-Broust... el padre del jóven Eduardo... No creo haberle visto nunca. Oh! desgraciado de él si no tiene mas que sospechas!.. Pero es imposible; los veinte años transcurridos son un abismo en que mi secreto está sepultado... Sea lo que quiera, mis medidas están bien tomadas... He preferido franquear esas rocas desiertas á seguir los senderos conocidos... Por lo menos estoy cierto de que nadie me ha visto.

ESCENA VI.

SERVIERES, VAN-BROUST.

VAN. Hola! ya estás aquí, Mauricio Verdier? Me gusta la esactitud.

SER. Por qué os obstinais en llamarme así? Ya os he dicho que ese nombre no es el mio.

VAN. Palabra de caballero, no es esto?

SER. Preguntad al conde de Sain-Renant, que ha visto mis pergaminos, y mis títulos de nobleza.

VAN. Y qué prueba eso? Si esos títulos son verdaderos... es porque los has robado.

SER. Señor Van-Broust!

VAN. Si no los has robado, es que son falsos y fabricados por ti.

SER. Ah!

VAN. En fin Verdier ó Servieres, me es igual.

SER. Qué deseais de mí?

VAN. Voy á deciroslo, amigo mio; hacedme el favor de escribir ahí... unas pocas líneas amistosas... así como si digéramos una declaracion bien esplícita... para probar que Eduardo Van-Broust no os ha robado nada, que voluntariamente le habeis entregado la cartera en cuestion; y que él no podia sospechar que encerrase valores... No os pido mas, ya veis qué cosa mas sencilla y mas fácil.

SER. Desde luego, señor Van-Broust... eso no vale nada..... Pero si yo rehusase hacer semejante declaracion...

VAN. Si rehusaseis?.. Eh?

SER. Si.

VAN. Entonces haria yo otra, y con ella probaria á los magistrados, que, en la noche del 20 de octubre de 1763, el conde Leon de Esgriñy... Qué teneis, señor caballero? Estais pálido... Os habeis puesto malo de repente?

SER. Os escucho. (*sobreponiéndose.*)

VAN. Decia que el conde Leon de Esgriñy, entre peñascos desiertos, casi como estos, fue asesinado por un tal Mauricio Verdier, hoy caballero de Servieres, quien además le robó 200,000 libras, que el pobre conde llevaba en su cartera.

SER. Y quién os ha contado tan bella historia, señor Van-Broust? (*mirándole fijamente.*)

VAN. No me la han contado... la he visto yo mismo.

SER. Vos?

VAN. Fue mal escogida la noche... porque la luna alumbraba la escena... La casualidad, ó mas bien la providencia, hizo que yo pasase en el momento en que acababa de ser cometido el crimen, y que tuviese tiempo bastante para reconocer al asesino que huia á todo escape.

SER. Segun eso... le conocias ya?

VAN. Es posible... era un tuno...

SER. Qué habiais visto tal vez en el hospital militar de Rennes?

VAN. Tambien es posible

SER. Esperad! Ahora se despiertan mis recuerdos... Y con qué nombre firmarás esa declaracion, celoso vengador de la sangre de los Esgriñy? El de Van-Broust ó el de Martin?

VAN. El que tú quieras, Mauricio Verdier.

SER. Vamos, no te hagas el fanfarron ante mi, porque estamos iguales; y si no has denunciado antes este asesinato que tan bien conocias, es porque tenias una razon, y esta razon voy á decirtela; un soldado llamado Martin estuvo dos meses en la enfermería de Rennes; y habiendo este soldado, á su salida del hospital, muerto al capitan vizconde de Esgriñy, fué condenado á la última pena por contumacia. Oh! puedes ver, querido amigo, que no eres el solo que conservas en la memoria los nombres y las fechas!

VAN. Y qué quieres deducir de todo eso, Mauricio Verdier.

SER. Que no te atreverás á denunciarme, Martin.

VAN. Lo crees así?

SER. Asesino como yo, no podrias perderme; sin perderte al propio tiempo... Por lo tanto, tu seguridad responde de la mia; estoy perfectamente tranquilo.

VAN. Tal vez te engañes... Y desde luego, cesa de comparar mi accion á la tuya... O no hay ni bien ni mal en el mundo, ó entre los dos, Verdier, existe la misma distancia que entre el ladron y el hombre honrado. Yo puedo confesar mi falta, hija de un arrebato, de un atolondramiento producido por la cólera; puedo morir con la cabeza erguida... porque no he faltado al honor... El hombre á quien he muerto me habia insultado en lo que mas estimaba; estaba armado como yo, pudo defender su vida; le he atacado de frente, y á la luz del sol; si ha sucumbido es porque he tenido la mano mas desgraciada que él. Pero tú, Mauricio Verdier, has asesinado á un hombre que te daba el brazo como amigo... Le has herido cobardemente, de noche, para robarle!... Iguales dices? Te engañas, noble falsario! Las balas que me destina la justicia militar espian la falta y no deshonran... pero el suplicio que te espera á ti, asesino y ladron, no concluye con la muerte, no; la infamia y execracion pública te seguiran mas allá del cadalso.

SER. Pero imbécil, no comprendes que no necesito mas que decir tu nombre para entregarte á la justicia? La prueba existe en el juicio que te ha condenado; una vez probada tu identidad, te se puede ejecutar al instante. Y qué puedes tú contra mí? Acusar al caballero de Servieres de un crimen cometido hace veinte años, probocar una prueba judicial sin indicios, ni piezas justificativas?

VAN. Eso es lo que te engaña, Verdier, tengo una prueba.

SER. Tú!

VAN. Una prueba irrecusable! Terrible!

SER. Cuál?

VAN. Un escrito del Conde de Esgriñy, quien antes de morir, sacando el puñal de su herida, trazó con la punta ensangrentada, estas palabras. «Muero asesinado por Mauricio Verdier.»

SER. Mientes!... no tienes semejante escrito.

VAN. Mirale! (*sacando un papel de su bolsillo.*)

Ser. (Desgraciado!)
Van. Y si no es bastante, añadiré este estuche de cirujano que el asesino dejó caer al huir, y que lleva el nombre de Mauricio Verdier... Ola, amigo Mauricio, parece que te vas desconcertando?..
Ser. (*se pasea algun tiempo como sin resolucion... despues dice deteniéndose y cambiando de tono.*) Conque decíais, señor Van-Broust, que retracte la acusacion hecha contra vuestro hijo?
Van. Si, eso es!
Ser. Estoy dispuesto.
Van. Yo lo creo.
Ser. Pero en cambio de esa retractacion que volverá la libertad al jóven Eduardo, vos me dareis los testimonios que me acusan?
Van. Si el honor de otra persona que respeto y venero, no se hallára mezclada en todo este asunto, no cometeria semejante cobardia... Iria gustoso á recibir cuatro tiros para que le colgasen despues..... Mas por ella me resigno... el desgraciado Esgriñy me lo perdonará desde el cielo en donde mora.
Ser. Pues bien, señor Van-Broust, os espero esta noche en mi casa.
Van. Para qué?
Ser. Para efectuar el cambio en cuestion.
Van. Qué disparate! Vamos á concluir al momento... Traigo conmigo cuanto es necesario. Esta piedra nos servirá de mesa... tomad. (*saca tintero, plumas y papel.*)
Ser. Puesto que lo quereis...
Van. Estamos ya?
Ser. Si. (*disponiéndose á escribir.*)
Van. «Yo el abajo firmado, caballero de Servieres, declaro que el Señor Eduardo Van-Broust, habia ido á reclamar papeles de familia, y que no le era posible saber si la cartera que le entregué encerraba ó no valores... Si le he acusado falsamente de robo, ha sido por deshacerme de un rival peligroso.»
Ser. Yo no puedo escribir eso... (*levantándose.*) Semejante declaracion, me perderia para con el Conde de Saint-Renant; eso seria cerrarme su casa para siempre.
Van. Crees acaso que te la abrirá cuando sepa que su querido amigo, el caballero de Servieres...
Ser. Es cierto... escribo... (*acaba de escribir y firma, se levanta y deja el escrito sobre la piedra.*) Ved..... (*Van-Broust se sienta en su lugar y lee bajo. Entre tanto Servieres ha recorrido la escena y mirado á todos lados como para asegurarse de que nadie le espia. Todo sin dejar de observar á Van-Broust.*) Estais satisfecho?
Van. Si.
Ser. En ese caso... las pruebas...
Van. Tomadlas. (*entregándole el papel que ha sacado del bolsillo y el estuche. Servieres las toma con alegria y se las guarda rápidamente en el pecho. Saca un puñal, y mientras Van-Broust dobla la declaracion dice.*)
Ser. Y esto para ti!
Van. Asesino! (*dá un salto atrás y evita el golpe, pero se le cae el papel.*)
Ker. (*dentro.*) Alto, ave de rapiña.
Ser. Vienen! Huiré con mi secreto! (*corre despavorido; suena un tiro.*)
Van. Ah! Maldicion!
Ker. (*saliendo.*) Caiste? Oh! Tiraba á un ave de rapiña, y he matado un hombre.
Van. No!.. (*trayéndolo á la escena y abrazándolo.*) La Providencia es quien le ha muerto... era un infame, un asesino!
Ker. Si?.. Pues me alegro!.. Me alegro!..
Van. Ayúdame. Es preciso arrancarle un papel que lleva, una prueba que puede salvar á Eduardo.
Ker. Yo! yo!..

ESCENA VII.

Van-Broust, *la* Condesa, Eduardo, *el* Almirante, *marineros.*

Edu. Van-Broust!
Alm. Quién ha hecho ese disparo?
Van. Dios, señor Almirante... Dios, que ha dado pasaporte al tuno mas grande que comia pan en la coloma.
Alm. Por quién hablas?
Van. Por el caballero de Servieres!
Alm. Un asesinato!
Van. Alto ahi! El queria asesinarme y Dios no estaba de ese humor. Ya os esplicaré despues...
Alm. El tendria razones...
Van. Vaya si las tenia! Queria nada menos que robarme una declaracion firmada de su puño y letra, que prueba la inocencia de Eduardo.
Alm. Presentadme esa prueba.
Ker. (*en la roca, baja á la escena y dá el papel al Almirante.*) Vedla.
Alm. En efecto. Qué papeles de familia iba á reclamar Eduardo?
Van. Cartas de su madre...
Alm. De tu muger?
Van. De mi muger... si, ese era mi secreto, y por eso abandoné mi pais hace veinte años.
Alm. Ya!
Con. (Noble corazon!)
Alm. (*despues de leer.*) Eduardo Van-Broust, estais en libertad!
Con. Libre!.. Libre mi... (*va á abrazar á Eduardo, el que tambien hace un movimiento.*)
Van. (*interrumpiéndola.*) Mi hijo, si señora... (*lo abraza.*) Mi querido hijo! (*á la Condesa.*) (Mio para el mundo! Vuestro ante Dios!)
Ker. Ay! Con eso podré descansar, que buena falta me hace. (*se sienta.*)
Alm. Intendente de la colonia, mi sobrina es vuestra!
Van. Cuánta es tu bondad, Dios mio!

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1855.

Imprenta de Vicente de Lalama,

Calle del Duque de Alba, n. 13.